



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Cuando el Otro ordena gozar: adolescencia y sufrimiento en el discurso contemporáneo

Beatriz Elena Moreno Uribe

Proyecto presentado para optar al título de Especialista en Problemas de la Infancia y de la
Adolescencia

Docente

Clara Cecilia Mesa Doctora en filosofía

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Especialización en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia

Medellín, Antioquia, Colombia

2025



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Cita

Moreno (2025).

Referencia

Moreno. B. E. (2025). *Cuando el Otro ordena gozar: adolescencia y sufrimiento en el discurso contemporáneo*. [Tesis de especialización, Universidad de Antioquia].

Estilo APA 7 (2024)



Especialización en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia, Cohorte VII.

Grupo de Investigación Psicoanálisis, Sujeto y Sociedad.

Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH).



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

A mi quehacer clínico, por ser más que una práctica, por convertirse en un espacio que da lugar a la escucha y resonancia la voz.

Gracias por darme la oportunidad de detenerme, preguntarme y permitirme mirar más allá del síntoma, generando un acercamiento con respeto y apertura a aquello que atraviesa a cada adolescente y genera malestar.

Este trabajo nace también de lo que ellos me enseñan cuando se atreven a hablar.

Agradecimientos

A mi asesora, Clara Cecilia Mesa, por haber sido mi guía y sostén a lo largo de este proceso.

Gracias por su escucha atenta, sus enseñanzas generosas y su paciencia constante que me acompañaron en cada etapa de este camino formativo.

A mi familia por su amor, comprensión y apoyo incondicional. Gracias por estar, incluso en la distancia que implicó este compromiso académico, y por permitirme dedicar tiempo y energía a este proyecto, aun cuando eso significó, en ocasiones, alejarme un poco de ustedes.

Tabla de contenido

Resumen	5
Abstract	6
Introducción	7
1. Planteamiento del problema.....	16
1.2 Antecedentes	20
2. Objetivos	29
2.1 Objetivo general	29
2.2 Objetivos específicos.....	29
3. Marco teórico.....	30
3.1 Adolescencia desde otros discursos... ..	30
3.2 Síntomas contemporáneos.....	32
3.3 ¿El super YO como efecto del discurso contemporáneo?.....	36
4. Metodología.....	45
5. Conclusiones	46
Referencias	50

Resumen

La presente monografía aborda el malestar adolescente en el marco de los discursos contemporáneos, particularmente aquellos que, bajo la lógica del discurso capitalista, tal y como lo plantea Jacques Lacan, son aquellos que promueven ideales de autosuficiencia, éxito inmediato, consumo y goce sin mediación simbólica. Este escenario de discursos que imponen mandatos imperativos sobre los sujetos, genera un tipo específico de sufrimiento que, en la adolescencia, se expresa mediante fenómenos clínicos como la autolesión, los trastornos alimentarios, la ansiedad, la inhibición y el retraimiento, entre otros.

Desde los desarrollos de Sigmund Freud en *El malestar en la cultura* (1930), señala que todo lazo social implica una renuncia pulsional que genera tensión y conflicto subjetivo. Lacan retoma esta tesis y formula que en el discurso capitalista se produce un cortocircuito del lazo simbólico, lo cual refuerza el empuje al goce y debilita las referencias simbólicas tradicionales. En este sentido, el superyó contemporáneo ya no sólo prohíbe, sino que ordena gozar, generando un tipo de mandato que opera con ferocidad y produce angustia.

Por último, se señala la importancia de la intervención psicoanalítica, a este tipo de sufrimiento y busca una escucha del síntoma, lo que va en contravía de las propuestas psicopatológicas actuales que lo acallan mediante los fármacos y diagnósticos que buscan respuestas por medio de etiquetas.

Palabras Claves: Adolescencia, Síntoma, Discurso contemporáneo, Superyó, Goce.

Abstract

This monograph explores adolescent distress within the framework of contemporary discourses, particularly those shaped by the logic of capitalist discourse, as formulated by Jacques Lacan. These discourses promote ideals of self-sufficiency, immediate success, consumption, and enjoyment without symbolic mediation. Such a discursive landscape imposes imperative mandates on individuals, generating a specific form of suffering that, in adolescence, manifests through clinical phenomena such as self-injury, eating disorders, anxiety, inhibition, and social withdrawal. Since Sigmund Freud's work in *Civilization and Its Discontents* (1930), psychoanalysis has emphasized that every social bond entails a renunciation of instinctual drives, resulting in subjective tension and conflict. Lacan extends this thesis, proposing that capitalist discourse creates a short-circuit in the symbolic bond, which intensifies the compulsion toward enjoyment and weakens traditional symbolic references. In this context, the contemporary superego no longer merely prohibits but instead commands individuals to enjoy, producing a form of mandate that operates with intensity and generates anxiety.

Finally, this paper underscores the importance of psychoanalytic intervention in addressing this type of suffering. It advocates for a listening approach to the symptom, contrary to current psychopathological models that often suppress symptoms through medication and diagnostic labels that seek to provide answers through categorization.

Keywords: Adolescence, Symptoms, Contemporary Discourse, Superego, Enjoyment

Introducción

Vivimos en una época de imperativos que grita exigencias y ahoga singularidades. En los últimos años, en distintas revisiones de literatura, fuentes bibliográficas relevantes que abordan el malestar adolescente contemporáneo y entidades como la OMS con diversos estudios e informes internacionales, dan cuenta y alertan sobre este fenómeno que explican un escenario alarmante, en el que cada vez más adolescentes manifiestan malestares profundos y modos de sufrimiento que simplemente no pueden reducirse a concepciones biológicas o a diagnósticos preestablecidos. La adolescencia, en un momento en la vida del sujeto que se caracteriza por la aparición de conflictos y transformaciones y si a esto se le añade que actualmente se encuentra atravesada por una cultura que impone ideales inalcanzables y mensajes contradictorios, se convierte en un desafío para quien la vive.

En un contexto social, que está saturado de discursos que tienen exigencias de cómo ser, qué lograr y cómo mostrarse, poco espacio se deja para la construcción de una subjetividad propia. Frente a esto, muchas de las respuestas que los jóvenes logran tramitar son etiquetadas en su mayoría como "disfuncionales" y rápidamente diagnosticadas por miradas biologicistas, que proponen intervenciones farmacológicas y enfoques psicológicos reduccionistas, ignorando la complejidad del sufrimiento humano en su entramado social y cultural

Autolesiones, trastornos alimentarios, consumos problemáticos, inhibiciones, los llamados "ataques de pánico" que finalmente son manifestaciones propias de la angustia, conductas compulsivas, depresión, estados melancólicos, ideaciones e intentos suicidas, hiperactividad o agitación constante, conductas de riesgo, exposición extrema, sexualidad sin cuidado, desafíos virales, problemas de identidad y de autoimagen, crisis de género, dismorfias, inseguridad corporal, esto por nombrar solo algunas de las manifestaciones con las que probablemente el sujeto adolescente se las arregla para responder a lo que se exige actualmente y sin que se trate de simples desajustes individuales o químicos. Se trata pues, intentos de decir algo cuando el cuerpo se vuelve el único lenguaje posible.

En este sentido, es importante revisar que observan o reportan a partir de sus investigaciones sobre la dimensión de estos fenómenos a la luz de las observaciones, organismos dedicados a la salud y a la seguridad mundial, entre ellos tenemos a la OMS (2024) que en "*La salud mental de los adolescentes*" se enfoca en una serie de datos y estadísticas que reflejan lo planteado referente

a dichos fenómenos. Se estima que el 4,4% de los adolescentes entre 10 y 14 años y el 5,5% de los entre 15 y 19 años sufre algún tipo de trastorno de ansiedad, mientras que la depresión afecta al 1,4% del grupo más joven y al 3,2% del más mayor. Los trastornos alimentarios, como la anorexia y la bulimia, afectan principalmente a mujeres, incrementando su prevalencia en la franja de 15 a 19 años.

El suicidio es la tercera causa de muerte entre adolescentes y jóvenes de 15 a 29 años, y el inicio de conductas de riesgo asociadas al consumo de alcohol, cannabis o las prácticas sexuales no seguras ocurre mayormente durante esta etapa. En 2019, el 22% de los adolescentes de entre 15 y 19 años consumía alcohol y el uso de cannabis en adolescentes superaba al de adultos (5,5% frente al 4,4%). Ahora bien, resulta llamativo que estas cifras permiten visibilizar algo muy particular: los modos en que el malestar adolescente se expresa, se tramitan con más frecuencia a través del cuerpo y mediante conductas que, directa o indirectamente, se inscriben en el campo de la autolesión.

No obstante, y pese a los esfuerzos institucionales que se realizan a través de programas de promoción y prevención impulsados por organismos como la OMS cuyo objetivo se centra en contribuir al fortalecimiento de las capacidades emocionales, fomentar entornos saludables y prevenir conductas de riesgo, llama la atención que las cifras siguen aumentando. Esto nos lleva a cuestionar la efectividad de estas intervenciones: ¿por qué, si existen políticas públicas e intervenciones integrales en salud mental, no se logran los resultados esperados?

Posiblemente esto radica en el marco epistemológico desde el cual se abordan estos fenómenos. Las intervenciones predominantes de la época se ubican dentro de enfoques biologicistas y cronológicos que delimitan la adolescencia por rangos etarios, donde se supone que los síntomas desaparecen con el tiempo, sin considerar que existen procesos subjetivos implicados que no depende de tiempos preestablecidos. Este modelo tiende a generalizar el malestar mediante diagnósticos estandarizados y tratamientos uniformes, que omiten la singularidad del sujeto y el estatuto simbólico del síntoma como respuesta al malestar que lo aqueja.

En una vía alternativa y que toma distancia de estas propuestas, el psicoanálisis apunta a una comprensión de la adolescencia, que la señala como un momento lógico en la estructura psíquica, es precisamente en ese momento. cuando se reactualiza la constitución subjetiva que hasta ahora operaba y que pertenece a lo elaborado en su infancia. En este momento el sujeto adolescente debe reubicarse frente a lo sexual, el deseo, el goce, el cuerpo y el Otro, enfrentándose a la pregunta:

¿Qué soy para el Otro?, y aquellos significantes que organizaban su infancia ahora no le son suficientes para responder. La caída de estas referencias simbólicas lo expone al goce del cuerpo, para el cual aún no posee recursos simbólicos suficientes.

Precisamente por esto, es que se vuelve necesaria una reconfiguración subjetiva que no ocurre sin malestar ni angustia. El adolescente se confronta a la inconsistencia del Otro que muchas veces se responde a esto, con síntomas que se expresan a través del cuerpo: autolesiones, trastornos alimentarios, consumo, inhibiciones, acting out o pasajes al acto. Estas formas sintomáticas surgen como respuestas singulares a la falta de sostén y de respuestas, como modos de lidiar con un goce que no puede ser completamente simbolizado.

Como señala Muñoz (2006) estas conductas no deben ser consideradas necesariamente como trastornos, sino como expresiones del impasse subjetivo por el que atraviesa el adolescente: “variaciones del humor, sentimientos temporales de desesperanza, disputas con los padres, experimentación con drogas, elección de objetos inaccesibles o proyecciones persecutorias” (p. 128). Son respuestas que, lejos de ser patologías para suprimir, exigen ser leídas en su dimensión subjetiva.

Ahora bien, lo que aquí resulta especialmente relevante, es la pregunta acerca del aumento de ciertas conductas, aquellas de carácter autolesivo, autodestructivo y compulsivo que conducen al adolescente contemporáneo a un sufrimiento constante y en algunos casos a la muerte. En este sentido, la pregunta, no solo interroga su frecuencia, sino también sobre aquello que produce que estos tipos de arreglos sintomáticos posean un carácter tan excesivo, adictivo y persistente, al punto de impedir que el malestar tenga la posibilidad de un cese. Por lo tanto, se impone la necesidad de una lectura que no reduzca estos fenómenos a cuadros clínicos cerrados, sino que los comprenda como intentos del sujeto por arreglárselas con un goce sin mediación simbólica, en un contexto en el que el Otro falla en su función de sostén y significación.

Este malestar se entiende como el efecto del discurso contemporáneo permea y se inscribe en la subjetividad. El discurso capitalista, en este caso, modifica profundamente las coordenadas simbólicas que organizaban el deseo. En este marco, el sujeto ya no está sostenido por un Otro que ordene y limite, sino interpelado por un sistema que lo invade con imperativos de rendimiento, éxito, goce y visibilidad constante. El adolescente, aún en proceso de constitución subjetiva, se ve especialmente atravesado por estos mandatos que operan sin mediación simbólica, produciendo un empuje al goce que muchas veces se vuelve insoportable.

Esta falta de mediación simbólica, que conduce al sujeto a realizar ciertos arreglos que terminan por generar malestar, remite a lo que planteó Freud (1930) en *“El Malestar en Cultura”* acerca de que somos seres atravesados por la cultura que con sus imposiciones y mandatos generan sufrimiento al exigirnos renunciar a satisfacciones pulsionales. Es aquí precisamente que se introduce la noción de superyó como una instancia psíquica que se constituye a partir de la internalización de los mandatos parentales y sociales, funcionando no sólo como prohibición, sino también como un imperativo que ordena constantemente cumplir con lo que se exige por el bien del lazo social, lo que antes era externo, ahora se encuentra en el interior del sujeto y actúa como vigilante atento a cualquier fallo para castigar.

Ahora bien, es pertinente esclarecer la función de los discursos en la constitución subjetiva, especialmente cuando se trata de comprender la dimensión estructural del malestar adolescente en la actualidad. En este marco, adquiere especial pertinencia introducir el concepto de “discurso capitalista”, formulado por Lacan como una variación de los cuatro discursos establecidos, Lacan lo denomina pseudo-discurso, debido a que no promueve el lazo social. Tiene como función, forcluir la castración” este como un discurso que no quiere saber sobre la falta constitutiva de todo sujeto. No permite la inscripción del sujeto en una dialéctica con el deseo del Otro, sino que lo empuja a consumir objetos que funcionan como tapón del vacío estructural, rechaza la falta.

Tampoco posibilita el momento de detención, de pregunta, de espera, lo cual deja al adolescente sin los recursos simbólicos necesarios para tramitar el malestar. Es por ello por lo que Lacan advierte que este discurso “no hace lazo”, con esto lo que quiere decir es que, no sostiene el entramado simbólico que permitiría la construcción de una respuesta singular frente a lo real del goce.

En este sentido, en este pseudo-discurso aparece la figura de un superyó que ordena: ¡Goza! Un imperativo que es paradójico: cuanto más se intenta obedecerlo, más insuficiente se vuelve la satisfacción obtenida, lo que incrementa la sensación de culpa, emergiendo una necesidad de castigo que tramita mediante conductas dirigidas en su mayoría al cuerpo que generen sufrimiento con el objetivo de pagar por su culpa, y con ello se instala un circuito llamado círculo vicioso: cuanto más se le concede más exigente deviene, es el circuito adictivo y nocivo.

Frente a este panorama, la presente monografía se propone profundizar en los efectos del discurso capitalista y sus incidencias en el malestar adolescente contemporáneo. Es importante comprender cómo esta lógica, que promueve el rechazo de la falta y la exigencia de un goce

ilimitado, impacta en sujetos que aún están configurando su lugar en el mundo. Los síntomas actuales del adolescente leídos como respuestas al malestar de la época pueden ser leídos e interrogados en su dimensión subjetiva y discursiva. Sólo así será posible abrir nuevas vías de comprensión y de abordaje, que respeten la singularidad del sufrimiento adolescente.

Con el fin de continuar introduciendo elementos que permitan ampliar la comprensión de los fenómenos abordados, resulta pertinente retomar los aportes de las teorías psicoanalíticas y las investigaciones desarrolladas por autores del mismo campo, que han reflexionado sobre los efectos subjetivos de los discursos contemporáneos en los sujetos adolescentes. Dichos autores han analizado cómo los discursos de la época inciden en la constitución subjetiva, generando formas singulares de malestar que se expresan, con frecuencia, a través del cuerpo.

Para empezar, se tomaron en cuenta textos de Freud en lo que elabora propuestas y nociones que se ajustan y permiten leer, las cuestiones aquí abordadas, se tienen en cuenta textos como: *“El Malestar en la Cultura”*, *“Inhibición, Síntoma y Angustia”*, *“El Yo y el Ello”*, *“Mas Alla del Principio del Placer”*, *Introducción al Narcisismo”* y *“Psicología de las masas y análisis del Yo”*, estas lecturas me permitieron poner en tensión todo lo abordado en ellas y logrando realizar articulaciones que me permitieron dar cuenta de lo que se estableció como una pregunta.

De igual manera se cita a Lacan, desde sus nociones de discurso capitalista, goce y superyó, los autores expuestos a continuación se apoyan de sus elaboraciones teóricas para realizar explicaciones de las maneras subjetivas a la que el sujeto recurre para responder a las exigencias de la época.

En este sentido Éric Laurent y Jacques-Alain Miller (2005) han aportado valiosas reflexiones sobre el impacto del discurso capitalista en la subjetividad contemporánea, en *“El Otro que no existe y sus comités de ética”* se elabora la idea de un Otro en declive: ya no hay una figura consistente que organice la experiencia del sujeto, lo que lleva a una caída de los referentes simbólicos tradicionales y una creciente dificultad para inscribirse en el lazo social. Esto alude a lo planteado y que afecta particularmente a los adolescentes, quienes se enfrentan al vacío del Otro sin contar con recursos simbólicos suficientes, quedando muchas veces a merced de soluciones sintomáticas que hacen uso del cuerpo como vía de expresión del sufrimiento.

Por su parte, Soler (2000-2001) en *“Declinaciones de la angustia”* advierte que en la contemporaneidad el superyó se ha transformado en una instancia que exige gozar, ubicando al

sujeto frente a la paradoja, de que cuanto más intenta responder a esa exigencia, más culpable se siente. Refiriéndose a la expresión del sentimiento de culpabilidad como necesidad de castigo.

Así mismo en su trabajo anterior, Soler (1998), en “*Síntomas*” se refiere a las respuestas sintomáticas actuales como aquellas que ya no responden al modelo clásico de la histeria o la neurosis obsesiva, sino que aparecen como fenómenos del cuerpo: autolesiones, anorexia, bulimia, consumos, inhibiciones, etc., que dan cuenta de una relación perturbada con el goce. Ahora bien, estas formas sintomáticas, muchas veces medicalizadas o patologizadas, son en realidad intentos del sujeto de responder a lo real que lo atraviesa.

También hacen parte de los antecedentes encontrados, una serie de investigaciones, artículos de revista y blogs de corte psicoanalítico, estos aportes son un insumo valioso para lograr objetivos trazados en la presente investigación. Entre ellos se destaca el trabajo de García (2022) en su texto “*Conductas de riesgo en adolescentes y crisis del sentido de la vida*”, donde advierte sobre los efectos de la caída de los recursos simbólicos, la angustia que esto representa y la forma como se tramitan a través del cuerpo a modo de rituales de pasaje, que en la época han ido desapareciendo.

Por su parte Muñoz (2006) expone ampliamente la perspectiva de la adolescencia como un momento lógico y no como una simple etapa cronológica, esto resulta sumamente importante dado que es precisamente el aspecto de la adolescencia que aquí se quiere proponer.

Estos aportes permiten sostener que los modos en que los adolescentes responden al sufrimiento no pueden desligarse de los discursos que interpelan y causan efectos, es desde esta perspectiva que resulta pertinente plantearse la siguiente pregunta de investigación:

¿De qué manera responden los adolescentes a los imperativos contemporáneos?

Esta pregunta orienta el objetivo general de esta monografía: Analizar el malestar adolescente en la contemporaneidad como posible efecto de sus discursos.

A partir de este eje central, se desprenden los siguientes objetivos específicos: Identificar algunas manifestaciones clínicas asociadas al discurso capitalista en adolescentes contemporáneos

Comprender la relación entre el malestar adolescente y contemporaneidad.

Identificar las manifestaciones clínicas en adolescentes contemporáneos como efectos del discurso capitalista.

Por todo ello, resulta especialmente pertinente servirse del método psicoanalítico para abordar los fenómenos que atraviesan a los adolescentes contemporáneos.

Freud destaca que este método permite en primer lugar como método de “indagación” que permite explorar el funcionamiento psíquico inconsciente, por medio de técnicas como: la asociación libre, la atención flotante y la interpretación de los sueños, se busca acceder a los contenidos reprimidos que determinan el malestar del sujeto. También opera como “cuerpo teórico” que está constituido por nociones fundamentales: Sujeto, inconsciente, represión, pulsión, síntoma, superyó, entre otros, los cuales, son un conjunto de conceptos y modelos explicativos que dan cuenta sobre el funcionamiento psíquico.

Por último, el psicoanálisis opera como “intervención clínica”, orientada a tratar el sufrimiento subjetivo, posibilitando de alguna manera que el sujeto pueda darle un sentido singular a su malestar con el recurso a la palabra. Es una práctica que se sostiene en la ética del deseo y se aparta de los enfoques adaptativos o normativos, que no tienen en cuenta lo singular.

En este sentido, el psicoanálisis parte de una concepción de sujeto dividido, en falta, atravesado por el lenguaje, determinado por el inconsciente y estructurado por la relación con el Otro. Esta perspectiva señala que el sujeto no es un individuo autónomo que debe adaptarse a la norma, sino un efecto del lenguaje, del deseo y de sus experiencias. Referente al síntoma, destaca que lejos de ser un error o una falla, es una respuesta singular al malestar, una solución subjetiva frente a lo que no se puede simbolizar.

En tanto el goce se concibe como aquello que excede el principio del placer y permite entender por qué estas conductas autodestructivas que no buscan placer sino una satisfacción en el malestar de manera constate, una compulsión a la repetición. La pulsión, es ese empuje que no apunta a un objeto determinado, más bien se anuda a esas formas sintomáticas que se encarnan en el cuerpo y que no encuentran vía de elaboración simbólica.

Además de esto, el psicoanálisis ofrece herramientas conceptuales para pensar los efectos del discurso capitalista sobre el sujeto, específicamente a través de la figura del superyó que impone el mandato de gozar. Por lo que resulta especialmente pertinente para abordar los fenómenos que atraviesan a los adolescentes en la contemporaneidad, permitiendo leer sus síntomas no como signos de enfermedad. Esta elección metodológica se orienta, entonces, por el deseo de no hacer del sufrimiento una patología, sino una vía de acceso al sujeto y a su verdad.

Para continuar con los planteamientos aquí expuestos y encontrar respuestas a los cuestionamientos, se realiza un abordaje a partir de conceptos que son necesarios para dar explicaciones a este tipo de fenómenos:

La noción de discurso capitalista, formulación de Lacan permite situar el contexto cultural que atraviesa al sujeto, donde los imperativos y mandatos promueven ideales de autosuficiencia, éxito, consumo y goce inmediato sin mediación simbólica, Este marco discursivo incide directamente en la producción del malestar, al romper los lazos sociales, promover la soledad y la individualidad e imponer el imperativo de gozar dejando al sujeto frente a lo real, un vacío difícil de simbolizar.

De igual manera, se concibe una concepción de adolescencia como un momento lógico y estructural en la constitución del sujeto, en el que se reactualizan las marcas infantiles, se resignifica la relación con el cuerpo, la sexualidad y el deseo, y se confronta la inconsistencia del Otro, un momento particularmente sensible a los efectos de los discursos de la época, ya que en él se redefine el posicionamiento subjetivo algo que va en contravía a las propuestas cronológicas y biologicistas.

Se destaca que el concepto de superyó se propone como instancia que, en la actualidad, adopta una forma imperativa que exige gozar. Este imperativo genera una culpa paradójica, al imponer un goce que siempre resulta insuficiente, así se tenga todo tipo de objetos para colmarlo, propiciando así formas de malestar que se tramitan por en el cuerpo.

Por último, el síntoma en la perspectiva psicoanalítica es una formación del inconsciente, que opera como una solución singular que se propone ofrecer respuestas del modo en que cada sujeto se posiciona frente al goce y frente a los discursos que lo atraviesan. En la adolescencia, el síntoma suele aparecer en el cuerpo autolesiones, trastornos alimentarios, inhibiciones y todo tipo de autolesiones que funcionan como una vía para tramitar aquello que no puede ser simbolizado.

Continuando las elaboraciones, se hace pertinente el desarrollo por capítulos que permiten abordar progresivamente el problema de investigación.

En esta medida, se revisa que se ha dicho acerca de estos fenómenos, si se le ha dado el despliegue que merece dado que es algo que crece significativamente, de igual manera es importante revisar que se ha estado haciendo a modo de intervención y si son medidas que causan algún impacto. Gracias a lo revisado es pertinente formular la pregunta de investigación y se establecen en relación a esta un objetivo general del cual se desprenden los objetivos específicos que funcionan como guía en el trabajo.

Se realiza una revisión de bibliografía especializada, artículos de revistas, repositorios universitarios, medios audiovisuales y bases de datos, siendo relevante las investigaciones y

producciones académicas que, desde el campo psicoanalítico, aporten elementos para comprender y abordar el sufrimiento adolescente. De igual manera, se consideran estudios e informes de organismos internacionales que permiten contextualizar el problema, junto con desarrollos teóricos que articulan: adolescencia, cuerpo y cultura, con los efectos propios del discurso contemporáneo.

Por último, referente a marco teórico se desarrolla a partir de los aportes del psicoanálisis, especialmente en lo que concierne a la adolescencia como un momento lógico en la estructuración subjetiva. En contraste, se incorporan también otras perspectivas: psicológicas, sociológicas, filosóficas y antropológicas, con el objetivo de indagar en qué puntos convergen o se distancian de lo que aquí se plantea. Se continúa con el abordaje de instancia superyoica como un efecto de los discursos contemporáneos, articulándolo con los llamados síntomas actuales, los cuales se presentan como respuestas a dichos efectos.

Espero que este trabajo represente un insumo valioso para todos aquellos profesionales que, frente al sufrimiento subjetivo observado en la época, tienen interrogantes por sus causas y posibles modos de abordaje. Se dirige a quienes tienen por apuesta intervenciones que habilitan un lugar de escucha, que permitan alojar lo distinto y lo singular de cada sujeto. En última instancia, se trata de posibilitar una comprensión más profunda de la lógica del mercado, donde se pueda apaciguar, en lo posible, los efectos que sus discursos producen sobre la subjetividad.

1. Planteamiento del problema

Para abordar el concepto de adolescencia, es importante apartarse de una visión meramente cronológica y reconocerla como una época crítica en la constitución subjetiva del sujeto. Desde una visión psicoanalítica se señala como un tiempo lógico en el que es necesario reubicar la posición frente al sexo, el deseo, el goce, el cuerpo y el Otro, una confrontación compleja y conflictiva.

Con respecto a esto, Muñoz (2006) explica una operación que ocurre durante infancia cuando el sujeto se enfrenta al enigma del deseo del Otro materno, primero hay un posicionamiento respecto al falo, como significante de ese deseo y luego respecto al padre, a quien ve como aquel que podría colmarlo. Sin embargo, para renunciar o desprenderse de objeto del deseo materno, es necesario atribuirle al padre la capacidad de tener y ofrecer el falo, es esta operación la que da lugar a una promesa fálica, que le permite renunciar a ser él mismo ese objeto.

Sin embargo, con la llegada de la pubertad, lo que se ha elaborado simbólicamente se desestabiliza y el significante fálico ya no garantiza una relación posible con el Otro sexo, Muñoz (2006) señala que “el fantasma que el sujeto había construido durante la infancia no se elabora más; aparece distante y se muestra ineficaz” (p. 120).

Frente al encuentro con el Otro sexo Muñoz (2006) señala que sacude la estabilidad del adolescente, lo cual reevalúa lo que se sabía en la infancia, donde las diferencias sexuales se reducían a la simple presencia o ausencia del falo, es en este momento que se complejiza el asunto, dado que el deseo irrumpe, el cuerpo se transforma y ese Otro se vuelve un misterio desconcertante. La incertidumbre de no comprender qué representa para ese Otro genera una sensación de vacío complejo, difícil de desentrañar y procesar, es por esto que se sigue insistiendo que no se trata solo de adaptarse a cambios que involucran el cuerpo o a la imagen idealizada que tenía de sí mismo en la infancia, es también una confrontación con el deseo sexual sin contar con un saber que le permita orientarse, una situación marcada por la imposibilidad de la relación sexual, dejando al adolescente frente a un real que no logra tramitar dando lugar a nuevas formaciones sintomáticas que generan malestar y que reafirma que no hay un saber sobre el sexo, algo muy diferente a las posturas que hablan de la adolescencia como simplemente una fase cronológica.

En este contexto, en el cual se carece de recursos simbólicos suficientes ya que los existentes han caducado, produce una crisis subjetiva estructural, el adolescente debe reinscribirse

en la cadena significativa desde otro lugar, dado que es un sujeto deseante que se confronta con la castración, es decir, con la pérdida, con la diferencia sexual y con la alteridad del Otro. Todo esto configura un momento de gran fragilidad, que puede favorecer la aparición de fenómenos como el acting out o el pasaje al acto, intentos desesperados de tramitar la angustia ante la caída del sentido. Estos fenómenos, sumados a otros como el cutting o las toxicomanías, tan frecuentes en la adolescencia contemporánea, pueden leerse como respuestas subjetivas a este reordenamiento estructural que marca el momento lógico de la adolescencia.

De igual manera, aparece la decepción que implica desmontar la imagen idealizada de sus padres como seres omnipotentes de la infancia, pero que ahora se revelan como personas reales, con defectos y limitaciones. Esta desidealización implica reconocer que la imagen que se construyó fue producto de la ficción, una invención que se forjó desde la inocencia infantil.

Decepcionarse de ellos se convierte en un proceso necesario a manera de separación, representa el momento de la caída de la encarnación imaginaria del Otro o su desmoronamiento como figura omnipotente y totalizante que sostenía su mundo en la infancia, requiriendo un deshacimiento del padre. Es en este sentido, es un encuentro con lo real, con lo que genera fisuras en la comprensión del mundo, en la que se requiere resolver interrogantes propios, en la que el sujeto tropieza con lo que hace agujero, lo que hace pregunta y requiere de resoluciones propias y singulares.

En este sentido la adolescencia aquí se inscribe en la concepción lacaniana retomada por Muñoz (2006), quien propone entenderla como un momento lógico, marcado por lo insuficiente de la inscripción del Nombre del Padre. Tal como lo anticipa Freud, podría decirse que en este momento se vuelve necesario un desasimiento del padre, operación subjetiva mediante la cual el joven intenta generar una nueva inscripción del padre como significante metafórico, capaz de alojar la función de la castración, es decir, de organizar el deseo y de bordear el goce. Este recorrido permite abrir interrogantes cruciales en relación con una época marcada por el debilitamiento de las figuras tradicionales de autoridad y por una crisis de lo simbólico: ¿es posible hoy una actualización del Nombre del Padre sin un Otro consistente?

Frente a las crisis de orden simbólico, cabe destacar que, en épocas anteriores o en culturas tradicionales, el acompañamiento al joven en su tránsito hacia la adultez se realizaba a través de los rituales de paso, que garantizaban al joven contar con recursos simbólicos que le permitieran enfrentarse a todos los desafíos y cambios propios de ese momento, dichos recursos eran

proporcionados por un Otro, que ocupaba un lugar estructurante y posibilitaba al joven inscribirse simbólicamente en un nuevo lugar dentro del lazo social, además de hacerle frente a los procesos que emergen en esta etapa: la irrupción del deseo sexual, los cambios corporales, la caída de las identificaciones infantiles, y la confrontación con un saber faltante sobre el sexo.

Con respecto al párrafo anterior, García (2022), en su texto titulado “*Conductas de riesgo en adolescentes y crisis del sentido de la vida*” profundiza sobre un fenómeno complejo: las conductas de riesgo en adolescentes las cuales están lejos de ser simples actos de rebeldía representan una manera de expresar su crisis existencial en una sociedad donde los rituales de paso han desaparecido, algo que en épocas anteriores les garantizaba un transitar a la adolescencia con acompañamiento de un Otro que enseñaba y les posibilitaba un sentido de vida. Estas llamadas conductas de riesgo se relacionan a trastornos alimentarios, uso de drogas, violencia hacia ellos y hacia otros, además de otro tipo de comportamientos extremos, para complementar cita al antropólogo David Le Breton (s. f), quien considera que para estos jóvenes poner en riesgo sus vidas parece ser una manera desesperada de encontrar un sentido de la misma e inventar nuevos ritos de iniciación en un mundo que los ha dejado sin guía.

De estos ritos de iniciación se conoce que en el pasado en algunas sociedades se acompañaba al joven a una serie de rituales que involucraban el cuerpo y su atravesamiento, con cortes, mutilaciones y tatuajes dependiendo de la cultura o la tradición que allí se practicara, y su función implicaba un aspecto estructural. Además de esto establecía un límite simbólico frente a este goce posibilitando el lazo social, dicho de otra manera, esta pérdida garantizaba un lugar en el mundo, se instalaba la falta, un proceso simbólico que ayudaban al joven a integrar la pérdida de la niñez y la entrada en la adultez, permitiendo que se inscribiera simbólicamente la transición, otorgándole un sentido cultural y comunitario a esa transformación.

En este sentido, también señala García (2022), que en la época contemporánea este tipo de intervención simbólica en el cuerpo (cutting, golpes, quemaduras) se transforma, de manera que ya no se hace con un Otro, es una práctica que se realiza en solitario por lo que no marca ningún significado simbólico ni establece lazo social, solo busca únicamente extraer inmediatamente un goce o alivio temporal de la angustia la cual no es tramitada por el lenguaje que es el que otorga significado al acto que realiza, una función que cumplían los rituales de pasaje. En relación al goce Lacan advierte que se trata de un goce que no se regula por la ley ni por el sentido, es un goce

muchas veces insoportable y que atraviesa al sujeto sin mediación simbólica, algo que caracteriza las experiencias que se viven en la actualidad.

Evidentemente, queda claro que la adolescencia trasciende a lo meramente cronológico, siendo un momento crucial donde el individuo enfrenta transformaciones profundas. Cambia su relación con el Otro, emergen deseos inéditos y las certezas infantiles se desmoronan. Estos cambios no son simples caprichos, sino algunas de las estrategias de estos jóvenes para procesar las nuevas demandas que emergen. Comportamientos típicos, tales como cambios de humor, angustia, conflictos con padres y pares lejos de ser patológicos, representan manifestaciones propias de esta transición subjetiva. A partir de los discursos que atraviesan la época y afectan significativamente el paso de la adolescencia, Lacan profundiza esta idea al situar en el centro de estas conductas una dimensión estructural: la relación entre el goce y el superyó, ese mandato paradójico que simultáneamente ordena al sujeto: "¡Goza!"

En las adolescencias actuales los imperativos superyoicos se manifiestan en fenómenos como: la presión de mostrar constantemente una imagen idealizada en redes sociales, el consumo exacerbado de medicamentos para aliviar el malestar, las toxicomanías, el consumo digital, el ejercicio o actividades físicas en busca de la perfección exigida, también se observa una autoexigencia marcada para lograr el éxito o la validación externa, así como un incremento en conductas autodestructivas que involucran el cuerpo, como el cutting o los intentos de suicidio. Estos fenómenos pueden pensarse como respuestas ante la dificultad de construir una solución simbólica al goce excesivo que irrumpe en la adolescencia.

Existe entonces, la pertinencia de repensar la adolescencia desde una perspectiva lacaniana, que implica no solo atender las transformaciones psíquicas y simbólicas propias de este momento de la vida, sumado a esto, también es importante considerar las nuevas formas de malestar que emergen en la contemporaneidad. dado que son formas de sufrimiento que se encuentran íntimamente ligadas a la época y a la cultura en la que se inscribe el sujeto, lo que exige una lectura del caso por caso. es pertinente también explorar las posibles salidas que se puedan brindar a estos sujetos, posibilitándoles un lugar para la palabra, donde un Otro escuche, borde, aloje y posibilite una invención subjetiva propia frente a ese malestar.

Esta perspectiva va en contravía de las intervenciones predominantes en la época que, desde la psicología y la medicalización, ubican rápidamente al sujeto en un diagnóstico, operando bajo la lógica de la inmediatez. Todo debe resolverse de forma rápida, sin dar lugar a una pausa que

permita comprender qué le sucede al sujeto. Esta práctica puede pensarse a la luz de los tres tiempos lógicos propuestos por Lacan: el instante de ver, el tiempo de comprender y el momento de concluir, en este sentido, el diagnóstico rápido correspondería al instante de ver, y la medicalización al momento de concluir, omitiéndose el tiempo de comprender, que implica una espera necesaria pero que la época exige el afán, los resultados y la espera no es algo que se alinee con sus exigencias y mandatos.

Si se considera el hecho de que el sujeto contemporáneo se encuentra inmerso en un ciclo constante de deseo insatisfecho, en una cultura que impone la producción y el consumo exacerbado, podría pensarse que crea un circuito el cual genera una forma particular de sufrimiento. Esto se vuelve relevante en la adolescencia, un momento complejo en la estructuración psíquica del sujeto, atravesado por transformaciones en el cuerpo, el deseo, el lazo con el Otro y el sexo. Es paradójico que en una época donde parece que es posible tenerlo casi todo, donde abundan toda clase de objetos que prometen para satisfacer los deseos promovidos por el discurso capitalista, aún así, persistan conductas autodestructivas. Posiblemente, una vía para abordarlas consista en profundizar en los conceptos de adolescencia, el discurso capitalista y las forma de hacer lazo social. Tal vez allí pueda encontrarse una clave para aproximarse a la pregunta fundamental que recorre este trabajo:

¿Bajo qué formas sintomáticas responden los adolescentes a los imperativos contemporáneos?

1.2 Antecedentes

La adolescencia, se presenta como un momento crucial por el cual atraviesa el sujeto, viene acompañada de intensas transformaciones y crisis identitarias las cuales en la actualidad se presentan bajo el marco de un mundo regido por los discursos contemporáneos que promueven un ideal de satisfacción inmediata y éxito material, que conlleva a los jóvenes a enfrentamientos constantes frente a un vacío que se torna insostenible, donde es preciso señalar que no es solo el proceso adolescente a esto se le suma la afectación que la cultura tiene en el sujeto.

Con respecto a esto Freud (1921) en su texto *“Psicología de las Masas y Análisis del Yo”* señala la interconexión entre la psicología individual y social argumentando que, aunque se puede distinguir entre estas, en realidad están intrínsecamente relacionadas, sugiriendo que el individuo

no puede considerarse en aislamiento, ya que siempre está en relación con los otros, bien sea con su familia, en sus relaciones afectivas o en otras interacciones. Estas relaciones son fundamentales para entender la vida psíquica del individuo.

Esta perspectiva posibilita el abordaje de todas las situaciones que afrontan los adolescentes en una época marcada por imperativos y mandatos que se realizan a través de discursos con ayuda de diferentes recursos, entre ellos, dispositivos aliados a la tecnología, los favoritos de los jóvenes y los cuales están presentes en su cotidianidad. Acerca de esto la literatura y bases de datos que contienen: artículos de revista, textos, investigaciones, repositorios de universidades, series de televisión, entre otras, se ocupan de este tema y de todos los fenómenos que se presentan en las adolescencias contemporáneas, señalando además la importancia de entenderlo no solo desde el aspecto individual sino también desde un aspecto social como lo destaca Freud.

Precisamente, en un artículo de la revista *Consecuencias*, llamado “*Los adolescentes y el malestar en la cultura*” escrito por Jackie Rico (2023) cita a Lacan (1992) y aborda el tema del discurso pseudo capitalista, señala a la cultura contemporánea, como aquella que, atravesada por los discursos de la ciencia, el mercado y la tecnología, generan una significativa transformación en la constitución subjetiva de los adolescentes y en donde aquellos significantes del Otro que en un tiempo pasado sostenían un cierto orden simbólico, en la actualidad más bien se está frente al declive de los Nombres del Padre y al debilitamiento de los referentes tradicionales dando como resultado una caída de la autoridad, una disolución del lazo social y una dificultad creciente para tramitar el deseo.

Desde esta perspectiva, se promueve de forma constante un consumo infinito y el acceso ilimitado a objetos de goce que prometen identidad, éxito, aceptación, bienestar, etc. Siguiendo a Rico (2023) quien cita a Lacan (1992) en su formulación del pseudo- discurso capitalista, el sujeto puede acceder a todos estos objetos sin mediación del Otro, esperando encontrar en estos las respuestas, satisfacer deseos, taponar la falta. Sin embargo, finalmente acaba por encontrarse con un vacío que es estructural y que no es posible resolver, a esto es lo que precisamente apunta este pseudo-discurso a vender la idea de que para cada deseo o insatisfacción existe un objeto, cuando en realidad el sujeto está estructurado en la falta. traduciendo esta lógica en síntomas contemporáneos como la inhibición, la adicción a pantallas o el aislamiento, trastornos alimentarios, entre otros.

Estos síntomas contemporáneos se relacionan con lo planteado en el texto *“El Otro que no existe y sus comités de ética”* de Miller y Laurent (2005) el cual aborda el concepto del Otro desde una perspectiva lacaniana. En el primer capítulo, titulado *“United Symptoms”* se plantea que el Otro es una construcción simbólica, es decir, no tiene una existencia real o concreta. Este Otro es fundamental para la constitución del deseo y la subjetividad del sujeto. Sin embargo, es importante destacar que este Otro no existe en un sentido tangible. Su presencia está mediada por el lenguaje y, por lo tanto, nunca puede ser aprehendido de manera completa. Esta carencia de un Otro real da lugar a una falta, que implica que no todo es posible. La falta se convierte en un motor que impulsa al sujeto a buscar satisfacción fuera de sí mismo, bien sea en el amor o en los objetos.

Por lo tanto, si las adolescencias contemporáneas están sujetas a este tipo de cambios, relacionándolo a la falta o el declive del Otro, es posible señalar que es un proceso acompañado por la angustia, especialmente cuando el sujeto se enfrenta a algo de lo real que no puede simbolizar, en este caso, lo referente a la época con sus objetos de consumo que lejos de calmar y satisfacer, generan una sensación de vacío porque no corresponde a ser lo que viene a resolver lo que al joven le hace ruido: cambios en el cuerpo, preguntas sobre el deseo, la identidad, el lazo con los otros y la imposibilidad de inscribir estos cambios en un discurso que sea entendido por un Otro.

Ahora bien, si se está atravesando por una época en la que la función simbólica del Otro ha declinado, en este sentido, la angustia se manifiesta como un signo del desamparo estructural del sujeto y este desamparo se presenta ante un goce que irrumpe, empuja y no encuentra un lugar ni un sentido, es ante este contexto, que surgen preguntas planteadas con anterioridad sobre los síntomas contemporáneos que podrían responder a este malestar, y la manera en que se podrían intervenir para mitigar sus efectos, cuestiones que aún esperan resolverse

En relación con esto, se hace indispensable situar que es la angustia, la caída de la función simbólica y como se relaciona al proceso adolescente. Acerca de esto, Mesa (2009) en *“La angustia en los adolescentes como respuesta a la consistencia del Otro”* *“Lo que debiendo permanecer oculto se revela”* destaca que en la adolescencia existe la característica de un proceso de desvinculación del padre y si a esto se suma la caída de la función simbólica del Otro, deja a los sujetos contemporáneos actuales más expuestos a lo real. Es precisamente en ese real donde Lacan (1954) citado por Evans (2007) ubica la angustia, y la define como *“un elemento traumático que permanece externo a la simbolización, y con el cual no hay por lo tanto mediación posible”* (p. 38).

Constatando entonces que, en donde no existen recursos simbólicos para tramitar lo que irrumpe, aparece la nada, aquello que no puede inscribirse en el lenguaje se manifiesta en el cuerpo.

Respecto al concepto de cuerpo, el psicoanálisis se ha ocupado de este ampliamente y destaca que no solo es un organismo biológico dado, sino que es el resultado de una construcción psíquica y simbólica, en este sentido, (Rodrigo, 2016) "*La construcción del cuerpo*" cita a Lacan (2009) quien señala que el cuerpo es algo impropio, el cual se construye simbólicamente a través del lenguaje, un proceso que se podría entender como un "nudo" entre lo real o el organismo, lo simbólico o el lenguaje y lo imaginario o la imagen del cuerpo, algo que es dado por el Otro, también por su parte Freud dirá que este está afectado por las pulsiones y los procesos psíquicos, algo evidenciado en la histeria, donde se muestra cómo los conflictos psíquicos pueden tener efectos en lo corporal sin que corresponden a una enfermedad orgánica.

Continuando con el concepto de cuerpo, Almagro y Caporale (2018) en "*el cuerpo en psicoanálisis: sufrimiento adolescente en la clínica actual*" un artículo de la revista de la Universidad Nacional de la Plata, elabora una propuesta con el objetivo de destacar el estatuto que tiene el cuerpo como un vehículo de expresión de los múltiples sufrimientos que experimentan los adolescentes, esto plantea un desafío a los modelos de intervención clínica tradicionales que buscan aliviar estos malestares y sugiere que más allá de las patologías reconocidas en la actualidad se presentan nuevas formas de desequilibrios en la economía libidinal, proponiendo una profunda reflexión sobre cómo estas transformaciones afectan a la subjetividad juvenil.

A modo de complementar lo antes dicho, Almagro y Caporale (2018) citan a Bleichmar (1993), quien introduce una importante distinción entre la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo. Esta distinción es relevante en el contexto histórico actual, ya que influye en la manera en que los adolescentes procesan y expresan su sufrimiento. Los adolescentes se enfrentan a una reorganización subjetiva en un momento crítico de sus vidas, donde el yo debe arreglársela frente a los desafíos que afectan su función defensiva y su capacidad para simbolizar experiencias dolorosas.

Del mismo modo, también propone reconocer los diferentes estatutos del cuerpo: somático, erótico y representacional. Esta diferenciación permite una comprensión más amplia de las experiencias de dolor y malestar, continuando con la tesis de la afectación de lo social a lo individual.

De igual manera, García (2022), en “*Adolescentes que se cortan para defenderse de la angustia*”, explica que ciertas conductas de riesgo son tramitadas en el cuerpo, funcionando como rituales. En el pasado en estos rituales el cuerpo era atravesado, mutilado, tatuado o cortado según las prácticas culturales o tradicionales, lo que cumplía una función estructurante. Estos actos implicaban la pérdida de algo del cuerpo —una parte que generaba un goce limitado y que obstaculizaba el lazo social—, que posibilitaba al sujeto tener un lugar en el mundo. Se trataba de un proceso simbólico que ayudaba a integrar la pérdida de la niñez y a marcar la entrada en la adultez, inscribiendo cultural y comunitariamente y otorgándole un sentido.

García (2022) señala que, en la contemporaneidad, este tipo de intervención simbólica en el cuerpo se transforma. En lugar de llevarse a cabo con un Otro, ahora se expresa a través de prácticas como el cutting, golpes y quemaduras (algo que atravesase el cuerpo) estas son acciones suelen realizarse en solitario, lo que significa que no generan ningún significado simbólico ni establecen lazos sociales. Más bien, buscan proporcionar un alivio temporal inmediato de la angustia, la cual no es tramitada a través del lenguaje, que es el medio que otorga significado a las acciones. Esta función simbólica solía ser cumplida por los rituales de pasaje que también como efecto de los discursos actuales han ido desapareciendo.

Siguiendo la línea trabajada hasta ahora y considerando las implicaciones de los efectos culturales contemporáneos, resulta relevante observar no solo el tipo de conductas de riesgo que emergen en la adolescencia, sino también su crecimiento acelerado. Esta proliferación no ha pasado desapercibida en los medios audiovisuales, quienes también se han ocupado del eco de estas transformaciones.

Un ejemplo de lo anterior es la serie *Adolescencia*, del director Barantini (2025) publicada en la plataforma Netflix (2025) la cual destaca y expone una realidad estructural que atraviesa a los jóvenes en la actualidad. La narrativa retrata el declive del Otro, tal como se ha señalado, evidenciando el escaso acompañamiento con el que cuentan los adolescentes en una época en la que sus referentes identificatorios se encuentran, en su mayoría, mediados por redes sociales y plataformas digitales. Estas instancias funcionan como un Otro, sí, pero carente de recursos simbólicos que otorguen sentido a lo que transmiten. En este contexto, resulta clave señalar que el Otro posee dos funciones una que cuida y otra que castiga. Hoy, parece imponerse un Otro feroz, que exige sin límites y sanciona sin mediaciones, llevando al sujeto a un estado de agotamiento y malestar profundo.

De la misma manera, así como esta serie aborda las dificultades que representa no solo atravesar la adolescencia sino la época en la cual se transita, otra serie de Netflix del director Taylor (2019) “*Sex education*” aborda la sexualidad y las relaciones desde un enfoque educativo, revelando las inseguridades y presiones que enfrentan los adolescentes, sirviéndose de aspectos que se relacionan con el concepto de cuerpo somático, manifestando angustia sobre la imagen corporal, la presión que se ejerce a través de redes sociales y pares para tener relaciones sexuales, además del miedo que sienten a ser juzgados. La serie enfatiza la importancia de la comunicación y la comprensión de todos estos cambios que afectan a los jóvenes, y al tiempo critica los estándares poco realistas impuestos actualmente.

Resulta entonces comprensible cómo estos estándares y exigencias generan un conflicto psíquico constante en los adolescentes, esto como producto de presiones sociales que se imponen en el discurso contemporáneo y las amplifican las redes sociales, como resultado se manifiesta en la tensión entre las pulsiones y las exigencias externas que son sostenidas por los discursos sociales actuales. Dicha dinámica no solo impacta el comportamiento de los adolescentes, sino también la forma en que tramitan estas tensiones, muchas veces a través del cuerpo, el cual se convierte en un lugar privilegiado de expresión, cuando el lenguaje y los recursos simbólicos resultan insuficientes.

Con respecto a estas tensiones constantes, se alude directamente al concepto de pulsión desarrollado por Freud, esta ha sido una noción fundamental para comprender las dinámicas que atraviesan el comportamiento de los sujetos. La pulsión, no se encuentra orientada hacia un objeto específico ni se rige por la lógica de la satisfacción plena, es más, introduce una dimensión de insistencia y desborde que tensiona al sujeto frente a las demandas del Otro.

Cabe resaltar que, en la adolescencia, esta energía pulsional se intensifica, y al no encontrar una vía simbólica adecuada para su tramitación, puede manifestarse en respuestas sintomáticas o en una relación conflictiva con el cuerpo. En referencia a la pulsión, Freud (1915) la define como:

un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (p. 117).

Freud (1915) agrega, cómo estas pulsiones, en este caso, las de tipo sexual resurgen en la adolescencia, luego del periodo de latencia, menciona que, a diferencia de un estímulo externo, la pulsión no cesa, insiste, empuja, y busca satisfacción a través de un objeto, el cual no es fijo ni preestablecido, de esto último se sirven las dinámicas actuales de consumo que ofrecen una serie de objetos que prometen colmar esa exigencia. Sin embargo, lo que el sujeto no advierte es que esa satisfacción solo será momentánea, ya que la pulsión por su naturaleza retorna una y otra vez. De este modo, la pulsión, en su carácter insistente, encuentra en el cuerpo un escenario privilegiado para la expresión de esta lucha interna

Retomando las propuestas freudianas, es posible leer que el sufrimiento psíquico adopta hoy nuevas formas. Freud (1930) en *“El Malestar en la Cultura”* señala, cómo la presión social y cultural actúa regulando las conductas individuales en nombre del bien común o del orden social, de esta manera la cultura exige al sujeto una renuncia a la satisfacción de las pulsiones y una represión de los impulsos, ahora, dado que es imposible obtener placer sin tener que renunciar a algo, es precisamente esta renuncia la que genera un sufrimiento. Así, el malestar o sufrimiento del ser humano no solo proviene de su propia estructura psíquica, sino también de las exigencias y restricciones impuestas por la cultura en la que está inmerso.

Las manifestaciones de este tipo de sufrimiento son abordadas en un artículo de revista a partir de una entrevista: Borges, Monteiro y Saggese (2019) bajo el título de: *“El sufrimiento psíquico de niños y jóvenes en los días actuales”* explica como el sufrimiento psíquico de niños y adolescentes en la actualidad, no solo se limita ámbito psíquico, sino que se extiende al cuerpo, expresado en trastornos alimenticios, cortes, intentos de suicidio, entre otros, y que se encuentra influenciado por el individualismo marcado de la época, la presión por la imagen corporal y los cambios sociales que van a pasos acelerados, además destaca el hecho de que aquellas formas tradicionales de sufrimiento en la época de Freud como la histeria, han sido reemplazadas por nuevas manifestaciones más diversas en el cuerpo.

A lo anterior, añade una crítica a los modos de intervención a este tipo de manifestaciones, desde un enfoque psicológico o médico, los cuales se sirven de la medicalización y el diagnóstico de las mismas, interfiriendo en un proceso en el que podrían tramitarse mediante la profundización de sus causas, optan más bien por centrarse en la objetividad y en la necesidad de marcar un corte olvidando o no teniendo en cuenta un enfoque psicoanalítico y su concepto de pulsión para entender

esta lógica, por último señala que todas las medidas que se tomen por fuera de esta última, actúan solo como un placebo temporal.

Tal como señala Freud, en la adolescencia emergen conflictos pulsionales que se articulan en una lucha por la reorganización del cuerpo, un cuerpo que está dado por el Otro. El deseo de reconstruirse genera en el sujeto una tensión entre su corporalidad, su identidad y la aspiración hacia algo que nunca podrá ser completamente suyo. Este proceso de separación y pérdida, en el que comienzan a soltarse ciertos amarres psíquicos y simbólicos, hace temblar la existencia misma. Así, el sujeto se enfrenta a algo que no se puede nombrar, algo que atañe a lo real y que se traduce en angustia.

La angustia, además de ser un afecto, puede pensarse también como un efecto del discurso contemporáneo. En este sentido, Soler (2001) cita a Lacan (s. f) al señalar que el discurso moderno es en sí mismo angustiante, ya que no ofrece al sujeto los anclajes simbólicos que proporcionaba el discurso del amo antiguo, donde los roles sociales estaban definidos y sostenidos por un Otro. Lacan (s. f) afirma que “el amo antiguo era el más ciego sobre su deseo” (citado en Soler, 2001, p. 71), lo que implicaba una distancia estructural respecto a la angustia, lo que implica que su posición no lo confrontaba directamente con la falta. El deseo del amo estaba enmarcado en un sistema rígido de roles y obligaciones, lo cual lo mantenía a distancia de la angustia que surge precisamente cuando el sujeto se ve confrontado con lo que escapa a toda simbolización.

Continuando con Soler (2001) explica cómo los discursos actuales han enriquecido el vocabulario a la par de los goces contemporáneos. Han surgido nuevos términos que intentan nombrar lo que se presenta como angustia sin ser la angustia misma: estrés, pánico, traumatismo, depresión, entre otros, estas maneras de nombrar son agrupadas por Soler en tres ejes principales:

El primero se refiere a la imposición de lo mismo, producto del fenómeno de la globalización, se reemplaza la diversidad de ideales deseos y modos de satisfacción por la presión iguales; todos consumen y gozan de la misma manera, es así como la angustia moderna podría pensarse como efecto de la imposibilidad de diferenciarse, de la pérdida de una singularidad subjetiva ante la imposición de ideales comunes que generan un vacío existencial. Este fenómeno da lugar a una nueva forma de superyó: un superyó que no es conformista, que encarna ahora en una fuerza visual y narcisista. Ya no se trata de leyes claras, sino de mandatos implícitos transmitidos por la publicidad, las imágenes y las redes sociales, que seducen al sujeto con ideales de éxito, belleza y rendimiento. Este superyó empuja a una competencia constante y angustiante

por cumplir con esos ideales, nunca se logre colmar lo esperado, generando un sentimiento de insuficiencia permanente.

El segundo eje que plantea Soler (2001) es el efecto de esquizofrenización. El discurso contemporáneo presenta una oferta incesante de deseos fragmentados, múltiples y en constante renovación. Esta lógica impone al sujeto un régimen de vida hiperactivo, donde se espera que se desempeñe en múltiples actividades y que rinda en cada una de ellas.

Por último, el tercer punto que destaca Soler (2001) es el destino de la soledad aumentada, producto de la creciente fragmentación de los lazos sociales, esa aquí donde el sujeto adolescente contemporáneo, se encuentra inmerso en un régimen de narcisismo donde la búsqueda de sentido ya no se centra en causas colectivas o en ideales compartidos, sino en un goce propio e individual. Este empuje a la autopromoción puede llevar al sujeto a una elección forzada entre dos extremos: por un lado, de forma superficial de auto exhibición y promoción y por otro, la depresión que se manifiesta como la caída ante el vacío que deja la falta de un deseo propio.

En este escenario, marcado por el aislamiento y la fragilidad de los lazos sociales, es fundamental entender la adolescencia como una etapa que no solo depende de las capacidades individuales del joven, sino también de la influencia de la sociedad actual, con sus discursos y exigencias. Analizar los problemas relacionados con el cuerpo y los comportamientos que causan malestar en los adolescentes permite abordarlos de manera integral.

Aquellas intervenciones que se centran solo en patologizar y medicar a los jóvenes buscando silenciar los síntomas, suelen ser insuficientes y ofrecen un alivio temporal, similar a un placebo, sin ocuparse del problema profundamente. Es importante considerar la perspectiva psicoanalítica, que incluye conceptos como la pulsión, el declive del Otro, el cuerpo no solo como organismo, así como el impacto significativo de lo colectivo en lo individual. El psicoanálisis tiene mucho que aportar en la comprensión del sufrimiento, especialmente en aquellos casos donde la voz del joven ha sido o pretende ser silenciada.

Finalmente es importante resaltar que la presente monografía no tiene como objetivo de la idealizar épocas pasadas o satanizar lo nuevo, el interés es advertir cómo la caída del Nombres del Padre y la proliferación de los discursos contemporáneos inciden en las formas del sufrimiento adolescente, como modos de goce que resisten a la interpretación, que se vuelven opacos al sentido, algo de lo que precisamente se ocupa el campo del tratamiento psicoanalítico.

2. Objetivos

2.1 Objetivo general

- Analizar el malestar adolescente, como posible efecto del discurso contemporáneo.

2.2 Objetivos específicos

- Identificar algunas manifestaciones clínicas asociadas al discurso capitalista en adolescentes contemporáneos.
- Comprender la relación entre el malestar adolescente y contemporaneidad.

3. Marco teórico

3.1 Adolescencia desde otros discursos...

Así como el psicoanálisis tiene una visión de la adolescencia, existen otros discursos que se ha ocupado de ella ampliamente, la psicología ha hecho aportes, como es el caso de Feixa (1998) quien es Doctor en Antropología Social y expone en su libro *Jóvenes bandas y tribus* un recorrido interesante y multidisciplinario. En primer lugar, Feixa (1998) cita a Hall (1915) quien fue un pedagogo y psicólogo estadounidense señalando que la adolescencia es como un “segundo nacimiento” (p.15) donde emergen nuevas cualidades del cuerpo y de la mente, provocando tensiones y conflictos parecidos a los que pasaban en la infancia, pero ahora de una manera más urgente, algo así como un renacimiento donde surgen nuevos deseos, impulso y capacidades, algo similar a lo que plantea Freud (1905) en su momento.

Siguiendo a Hall (1915) citado por Feixa (1998) señala a la adolescencia no solo como un simple periodo de crecimiento, también es una fase crucial del desarrollo humano. Ahora bien, como segundo nacimiento se refiere a todos los cambios que se presentan tanto físicos como psicológicos, presentándose en esta, una especie de regreso a una fase primitiva de la humanidad que refleja las luchas y transformaciones de la especie humana a lo largo de la historia, según Feixa (1998) esta es una visión universal y biologicista, debido a que este autor no menciona la influencia cultural que tiene en cómo se ve y se vive esta etapa, siendo algo importante de mencionar puesto que el ser humano está inmerso en una cultura y contexto social que no deja de intervenir en sus procesos internos y externos.

En este texto se menciona una crítica a esta posición, pero no se invalida, solo se propone tener una visión integral, de todos los aspectos y dinámicas que afectan los procesos humanos, Mead (1928) citado por Feixa (1998) pone en duda esta perspectiva, a través de un estudio etnográfico “mostrando que no en todas las culturas la adolescencia debía verse como la fase de crisis que el psicólogo había generalizado” (p. 17), esto se da gracias a estudios realizados a adolescentes de la comunidad Samoana, en donde pudo observar que “la adolescencia no representaba un período de crisis o tensión sino, por el contrario, el desenvolvimiento armónico de un conjunto de intereses y actividades que maduraban lentamente” (Mead, 1928, citado por Feixa, 1998, p. 17).

Es importante exponer que frente a lo anterior, Freeman (1983) citado por Feixa (1998) señala que “la antropóloga había ofrecido una imagen demasiado idílica de la cultura samoana, condicionada por sus propios presupuestos ideológicos y por las limitaciones del trabajo de campo” (p. 17) y dice que no existía tal armonía en la sociedad samoana debido a que dependían totalmente de una jerarquía social imperante en ese contexto, en fin, aunque existe esta crítica el texto señala que las interpelaciones de Mead (1928) aún pueden ser pertinentes.

En este sentido, Feixa (1988) se sirve de autores que se han dedicado desde sus perspectivas tanto biológicas, como sociales, históricas y culturales, que señalan a la adolescencia como un aspecto multidisciplinario que para ser entendido no solo se puede abordar desde lo tradicional y bilógico, también hay que permitir que otros discursos expongan sus visiones y se posibilite la comprensión de una transición diferente de la adolescencia dependiendo del contexto cultural, histórico y social, en el que se encuentre el adolescente.

Por la misma vía, el sociólogo y antropólogo Le Breton (2014) en “*Una breve historia de las Adolescencia*” se ocupa de esta fase ampliamente y cuestiona la visión de que la adolescencia es una fase natural y universal en todas las sociedades humanas y añade que ésta varía significativamente según el contexto cultural y temporal, desafía las visiones biologicistas y deterministas, demostrando que su definición y características no son fijas y dependen de las normas sociales, las instituciones y las tradiciones culturales de cada sociedad, además, reflexiona acerca de la adolescencia como una edad de suspensión, un periodo ambiguo, en el que los jóvenes transitan de la infancia a la adultez sin una definición clara, donde debe de confrontarse con la búsqueda de su identidad, autonomía y sentido de existencia, señalando que en las sociedades modernas pocos rituales se utilizan para ayudar en este proceso a los jóvenes.

El autor critica, algo ya mencionado con anterioridad y es la desaparición de los rituales de pasaje, aludiendo a la importancia que tienen estas ceremonias en el tránsito de la infancia a la adultez. Señala que en algunas culturas tradicionales aún se mantienen, ya que permiten que el adolescente se sienta acompañado y guiado en un momento vital de transformación. Estos rituales ofrecen cierta estructura y contención, ayudando a que el paso por esta etapa sea menos caótico y que el joven pueda encontrar, al menos parcialmente, algunas respuestas a lo que está viviendo y no logra comprender.

La ausencia o disminución de estos rituales algo que es muy común en sociedades modernas, genera en los adolescentes una sensación de incertidumbre al no contar con una guía de

su comunidad, provocando que se complique el proceso. Referente a estas sociedades modernas Byung-Chul Han (2019) filósofo, en su libro la desaparición de los rituales, señala la importancia de estos últimos, debido a que son entendidos como prácticas simbólicas y repetitivas que otorgan sentido a la vida y cohesionan a las comunidades, están desapareciendo en la sociedad contemporánea particularmente en el contexto del capitalismo y la digitalización.

Explica que una de las razones de esta desaparición es la digitalización, esto debido a que las redes sociales y la virtualización de las relaciones humanas reemplazan los encuentros físicos ritualizados, vaciándolos de contenido auténtico, fomentando la desconexión emocional y el sentimiento de soledad, esto coincide con lo que propuesto por Le Breton al nombrar la adolescencia como una edad en suspensión. (Byung-Chul Han, 2019).

3.2 Síntomas contemporáneos

Realizar una revisión en el concepto de síntoma en psicoanálisis, es fundamental para comprender e intervenir las nuevas formas de malestar psíquico, que muchas veces desbordan las categorías clínicas tradicionales y muestran la insuficiencia de estas para abordarlas. Estas conductas van desde autolesiones, trastornos alimentarios, consumo compulsivo de sustancias, crisis de angustia, aislamiento social o hiperexposición en redes sociales, solo por nombrar algunas, presentan hoy como manifestaciones frecuentes del sufrimiento subjetivo. Más que responder a síntomas clásicos dentro de una estructura neurótica, estos fenómenos parecen organizarse como respuestas frente a un malestar generalizado, vinculado al declive de los lazos simbólicos, a la caída de las figuras de autoridad y a las exigencias contemporáneas de un goce inmediato.

Los llamados “nuevos síntomas” en la adolescencia no se presentan como formaciones claras de compromiso, sino muchas veces como actos, pasajes al acto o fenómenos de cuerpo que buscan poner en juego, en lo real, algo de lo que no logra inscribirse en palabras. En una época atravesada por el discurso capitalista que promueve la satisfacción inmediata y sin límite con la promesa de completud individual, los adolescentes quedan atrapados entre el empuje al goce y la falta de referencias simbólicas consistentes y encuentran en estos síntomas una manera de hablar de su malestar con el cuerpo.

Freud (1926), en su texto *“Inhibición, síntoma y angustia”*, señala que el síntoma “es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, es un resultado del proceso represivo”

(p. 87). De este modo, afirma que se trata de una manifestación del inconsciente que revela la existencia de una pulsión o deseo que no pudo satisfacerse de forma directa, debido a la represión. En este sentido, el síntoma es, a la vez, señal de una satisfacción fallida y un reemplazo deformado que permite una satisfacción indirecta, como producto del trabajo represivo.

A propósito de esto, en la contemporaneidad, Soler (1998) retoma esta cuestión en *Síntomas*, citando a Freud (1930) quien en *El malestar en la cultura* plantea que “los síntomas, los más peculiares de cada uno, tienen cada uno parte de sus condiciones en la civilización” (p. 67). En este marco, Soler (1998) añade que aquello que Freud denominaba civilización, Lacan lo formula como discurso, entendido como “una manera de gozar singular que no se encuentra conforme con el ser social” (p. 69).

Cabe destacar que este discurso no se reduce únicamente al lenguaje hablado, sino que se refiere a una estructura particular de cada sociedad, organizada para regular las formas de goce y las relaciones entre los diversos goces individuales en un determinado momento histórico.

En cuanto a lo que sucede en la contemporaneidad, Soler (1998), en *Síntomas*, retoma a Freud (1930) y su texto “*El malestar en la civilización*” para señalar que “los síntomas, los más peculiares de cada uno, tienen cada uno parte de sus condiciones en la civilización” (citado en Soler, 1999, p. 67). En este sentido, Soler añade que aquello que Freud designaba como civilización a lo que corresponde con lo que Lacan denomina discurso, entendido como “una manera de gozar singular que no se encuentra conforme con el ser social” (Soler, 1999, p. 69). Cabe destacar que no se trata solo del lenguaje hablado, sino de una estructura particular propia de cada sociedad, que se organiza para regular las formas de goce y cómo se relacionan entre sí los diferentes goces individuales en un determinado momento histórico.

En continuidad con lo anterior, Soler (1998) retoma a Freud quien señalaba que la civilización al exigir sacrificios constantes de lo pulsional, produce síntomas los cuales son históricos y están condicionados tanto por la vida pulsional individual como por las demandas sociales. Desde esta perspectiva se logran leer síntomas actuales, dado que estas exigencias se vuelven más intensas, mediante el discurso capitalista y la hiperconectividad que imponen renuncias desmedidas que producen malestar y nuevos síntomas.

Ahora bien, Soler (1998) destaca que según la perspectiva psicoanalítica el síntoma, actúa como lazo social, vinculando al sujeto con el Otro, las normas y los valores que estructuran la sociedad. Representa una forma singular en la que el sujeto se inscribe socialmente, pero también

manifiesta que las reglas sociales nunca pueden ser plenamente asimiladas. El síntoma, en este sentido, articula, el deseo individual con las exigencias colectivas, permitiendo al sujeto sostener su singularidad frente a la tendencia homogeneizadora del lazo social.

El síntoma es una forma en que el sujeto expresa que no puede encontrar su lugar ni su goce dentro de la sociedad. Es una señal de que el lazo social no está funcionando bien para ese sujeto en particular, Soler frente a esto dice que estas enfermedades del lazo social son problemas colectivos que aparecen en la forma de sufrimiento individual y grupos vulnerables, como los adolescentes, que están especialmente afectados por estas transformaciones sociales y culturales.

También se nombra al síntoma desde un aspecto subversivo, lo que a veces puede ser tanto una forma de malestar individual puede actuar como una forma de resistencia frente al orden establecido, presentando estas nuevas formas como algo que hay que silenciar, acallar porque alteran el orden social, sin darle lugar a escucharlos.

En este sentido Soler (1998) apunta al trabajo del que escucha bajo esta modalidad:

El psicoanalista, es un hecho, recorre los síntomas generados en el discurso del amo, y acoge los sujetos que sufren de no poder asimilarse de una manera satisfactoria a los requisitos de la civilización; requisitos que cada uno recibe vía su familia, la educación, vía el discurso ambiente, vía los modelos especulares, etc. (p. 73)

En cuanto a esto, el psicoanálisis, siempre estará dispuesto a alojar al sujeto y a indagar que estatuto tiene el síntoma que padece, no retrocede ante este, y es algo que va en contravía de los que en la actualidad se hace normalmente en las intervenciones las cuales se centran en su reducción, sin la posibilidad de escucharlo, Ahora bien, aunque la época presenta variaciones en la manifestación de los síntomas que en tiempos de Freud o Lacan solían tener algún anclaje en la palabra, Soler advierte que no todos los síntomas contemporáneos parecen hablar. En efecto, algunos fenómenos actuales, como los síntomas psicósomáticos o las toxicomanías, interrogan la posibilidad misma de ser leídos como mensajes del inconsciente. En muchos casos, más que un decir, se encuentra un manejo directo del cuerpo y del goce, que no pasa por la palabra. Por eso, hoy es necesario preguntarse, caso por caso, si los síntomas que encontramos aún son hablantes o si asistimos a nuevas formas de sufrimiento menos ligadas al recurso a la palabra.

De ahí que sea importante, realizar una lectura del malestar por el que atraviesan en la actualidad los adolescentes, de una manera diferente a las tradicionales, lo cual el psicoanálisis aborda a través de los conceptos de síntoma y pulsión, en contraposición a las categorías psicopatológicas convencionales, en este sentido se exige que sean vistas como manifestaciones de una transformación profunda en las maneras de hacer lazo social, Soler (1998) quien en continuidad con la enseñanza de Lacan, plantea que asistimos a la emergencia de lo que ella llama enfermedades del lazo social, modos de sufrimiento que no se producen solamente en el interior del aparato psíquico, sino en la falla misma de los modos de enlace entre los sujetos.

En palabras de Soler (1998) en la época actual ya no se trata solo de síntomas que se pueden definir claramente, sino que afectan los vínculos, generando una fragilidad en ellos o incluso de la incapacidad para formar relaciones estables y duraderas. En esta perspectiva, las manifestaciones contemporáneas como las autolesiones, los trastornos de la alimentación, los estados depresivos generalizados, el retraimiento social extremo o la hiperconexión virtual, deben entenderse como tentativas de sutura de una falla del Otro.

En este sentido y para concluir, en primera medida el síntoma en este contexto, no es una formación de compromiso, como se presentaba en la perspectiva freudiana, aparece más bien como un esfuerzo de anudar aquello que los discursos actuales tienen como objetivo disolver, es decir, por ejemplo, en palabras de Soler, las autolesiones posibilitan que el sujeto produzca una marca donde el significante falla y en los trastornos alimenticios, como un intento de recuperar un control frente a la pulsión desenfadada que el Otro contemporáneo promueve.

En un último punto es importante señalar que el psicoanálisis en la práctica se sirve de ciertas condiciones para que un sujeto empiece un análisis y pueda trabajar a partir de su síntoma, Soler (1998) en este sentido, señala: “El psicoanálisis no puede hacer con los síntomas que no hablan, no puede hacer con los sujetos que no logran o aceptan entrar en el trabajo de la asociación del ciframiento-desciframiento: es una condición para entrar” (p. 81) entonces los sujetos adolescentes contemporáneos, se vuelven un desafío para darle un lugar, dado que a partir de lo señalado hay una dificultad para que su síntoma hable.

Surge entonces, la pregunta: ¿cómo lograr que los jóvenes de hoy, marcados por la inconsistencia, el exceso de imágenes y la lógica de la inmediatez, logren hacer hablar al síntoma que en muchos casos, ya no interroga al sujeto, solo aparece como un malestar mudo, un acto sin sentido o una incomodidad que se quiere eliminar rápidamente, (algo que los discursos actuales se

sirven a través de varias estrategias ya mencionadas) es necesario que el síntoma se vuelva pregunta y que despierte el deseo de saber por eso que interroga, es por eso que Soler (1998) cita a Lacan (s. f) que dice: “que lo más real que tiene un sujeto es el punto de fijación de su síntoma: en el síntoma uno no se cuenta más historietas” (p. 82), en este sentido, el análisis y la posición ética del analizante de querer saber permite transformar ese malestar en algo habitable, algo con lo que él pueda hacer lazo.

El síntoma es entonces un concepto con el cual, el malestar adolescente actual puede ser pensado y abordado, articulando la dimensión estructural del sujeto con las variaciones del lazo social en la contemporaneidad y que aparece como una invención singular frente a la inconsistencia del Otro y a la precariedad creciente de recursos simbólicos que sirven de contención frente a lo real, que angustia, pero no es un objetivo borrarlo o simplemente acallarlo como es habitual hacerlo, es más bien posibilitarle al joven que lo hable solo así podrá abrirse un trabajo que no apunte a borrar el síntoma, sino a transformarlo en una forma vivible de lazo, en un modo singular de estar en el mundo.

3.3 ¿El super YO como efecto del discurso contemporáneo?

¿La civilización actual produce síntomas que se resisten a la palabra?

Profundizar en las transformaciones del lazo social que inciden directamente en el malestar o sufrimiento subjetivo, requiere de introducir la noción de discurso capitalista, tal como la fórmula Lacan en los años setenta, señala que es el encargado de organizar buena parte del funcionamiento de la sociedad contemporánea, caracterizado por promover un consumo ilimitado, una promesa de satisfacción inmediata y la sustitución del lazo con el Otro por la relación directa del sujeto con objetos de goce, lo que antes orientaba hacia ideales simbólicos: la escuela, la familia, la ley, el saber, el amor, entre otros, ahora son desplazados por el imperativo a gozar sin restricciones, provocando aislamiento, desorientación y capturando en un circuito interminable de goce a los sujetos que terminan por debilitar su inscripción en los lazos y la posibilidad de subjetivar el malestar, este es un discurso que no produce represión sino más bien exceso, saturación y repercutiendo de lleno en las formas actuales del síntoma.

Retomando a Soler (2001) cita a Lacan (s. f) quien señala a la angustia no solo como un afecto singular, sino como un efecto estructural del discurso dominante, el que por sí mismo es

angustiante, probablemente esto se debe a que, a diferencia del discurso del amo tradicional, donde los sujetos podían ubicarse dentro de una estructura simbólica sostenida por un Otro consistente, en la actualidad esto se ha diluido. El amo antiguo, dice Lacan, era ciego respecto de su deseo, resguardado por una red de roles y obligaciones que lo alejaban de su falta. En cambio, el sujeto actual se ve confrontado a un vacío simbólico y con una oferta incesante de objetos que no logran colmarlo.

Continuando con Soler (2001) y quien organiza las manifestaciones actuales de la angustia en tres ejes principales: el primero, la imposición de lo mismo, refiere a cómo la globalización homogeneiza los modos de goce y de satisfacción, anulando las diferencias subjetivas y generando un vacío existencial. El segundo, el de la esquizofrenización, da cuenta de una multiplicación de demandas fragmentadas que empujan al sujeto a una hiperactividad constante. El tercero, la soledad aumentada, señala la creciente ruptura de los lazos sociales, donde el sujeto se refugia en un narcisismo que oscila entre la autopromoción y la caída depresiva ante la falta de un deseo propio.

En este escenario emerge una nueva figura de superyó que incita y ordena gozar al sujeto, mostrarse valioso, exitoso, productivo alineándose a las propuestas de los discursos de esta época donde se promueven ideales no de forma simbólica, sino a través de la publicidad, las redes sociales y los algoritmos que modelan subjetividades desde un lugar invisible o imaginario, pero eficaz. Así, que se puede señalar que este empuje de tipo pulsional que incita al sujeto a un goce imposible de colmar, emergiendo de esta manera la angustia, la culpa y la insuficiencia permanente al no cumplir con lo que se exige.

Freud (1923) plantea que en la génesis del superyó se encuentra una identificación primaria con la figura paterna y lo vincula al Complejo de Edipo, ahora bien, para explicar este proceso, aborda dicho complejo desde una perspectiva propia del sujeto como se enfrenta al desamparo y a la dependencia por los cuidados y protección del Otro, esto genera que el niño, renuncie a sus deseos incestuosos, internalice la figura del padre, instaurando así una instancia psíquica que representa la ley, los ideales y las prohibiciones. Esta instancia no solo opera como censura, sino también como heredera del amor y la agresión hacia las figuras paternas, como lo señala Freud (1923) “Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó” (p. 49) en este sentido, el superyó se configura en el siquismo del sujeto de manera estructurante conservando la relación ambivalente con las

figuras parentales, posteriormente la internaliza y cuya autoridad opera y persiste más allá de su presencia real.

Cuando el niño estaba frente a sus padres y cometía una falta, sus padres se la señalaban y emergía en él un sentimiento de culpa y miedo al saber que podría perder su amor y someterse a su desamparo, a esto se refiere (Freud, 1930) quien realiza una elaboración crucial sobre el origen y el funcionamiento del sentimiento de culpa, complejizando su vínculo con el superyó y con los lazos sociales primarios. La culpa no se reduce a una sanción por actos malos, sino que es donde el niño reprime ciertos actos no por principios morales, sino para evitar la pérdida del amor del Otro. Es en esta dimensión donde el superyó encuentra su potencia como una instancia feroz que se nutre de la angustia frente a la pérdida del lugar en el amor del Otro, y que transforma esa angustia en mandato, coerción e incluso castigo.

Con respecto a esto, Martha Gerez-Ambertin (1993) en su texto *“Las Voces del Superyó”* emprende una indagatoria frente a la instancia del superyó, en base a los textos de Freud y de Lacan desde su punto de partida y señala que: “es preciso dialectizar las paradojas freudianas del superyó y sacar réditos de las posibilidades que su abordaje abre, tanto en la clínica como en el malestar de la vida contemporánea” (p. 9) es decir, entender cómo opera hoy posibilita ubicar formas específicas de malestar y sufrimiento psíquico y maneras de intervención, y no como comúnmente se ha propuesto desde otras lecturas.

Asimismo, la autora destaca la importancia de ocuparse del superyó, dado que es una instancia que no ha recibido la atención que se merece, esto a pesar de que las manifestaciones clínicas que presentan los sujetos constituyen un verdadero obstáculo para la cura. En este sentido, sostiene que: “donde emerge el descuartizamiento del sujeto, allí su incidencia: mandatos insensatos que irrumpen sorpresivamente en el más normal de los sujetos, compulsiones irrefrenables, coerciones inexplicables, obediencias masoquistas” (Gerez-Ambertin, 1993, p. 9). Así, el superyó revela su complejidad, manifestándose en la subjetividad contemporánea a través de formas múltiples, contradictorias.

Ahora bien, Freud (1930) en *“El Malestar en la Cultura”*, elabora un amplio desarrollo del superyó-cultura y destaca que el proceso de civilización requiere del individuo un trabajo de renuncia pulsional que no logra eliminar la agresividad, por el contrario la desplaza hacia el interior del aparato psíquico, en este contexto, Freud afirma que “por consiguiente, la cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo, y vigilándolo mediante una

instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada” (p. 120) convirtiendo al sujeto mismo en su propio vigilante.

En esa misma línea, Freud (1930) agrega que: La agresión es introyectada, interiorizada, pero en verdad reenviada a su punto de partida; vale decir: vuelta hacia el yo propio. Ahí es recogida por una parte del yo, que se contrapone al resto como superyó y entonces, como “conciencia moral está pronta a ejercer contra el yo la misma severidad agresiva que el yo habría satisfecho de buena gana en otros individuos, ajenos a él (p. 120)

Es precisamente en este punto que se constituye como una instancia autónoma que encarna dicha violencia, efectivamente es una dinámica paradójica en la que la cultura, para mantener el orden social, instala en el interior del sujeto una fuente permanente de tensión y sufrimiento.

Vale la pena destacar que esta estructura del superyó pone de manifiesto la lógica de la pulsión de muerte, en efecto, el superyó no se rige por un principio que asegure el bienestar del sujeto; por el contrario, encarna una tendencia al exceso, mandatos implacables y a la repetición mortífera de castigo. No busca en ningún momento la pacificación del sujeto, sino que actúa como una fuente de compulsión interna, que encarna el retorno de lo pulsional en su forma más severa y desregulada.

En este punto, resulta fundamental considerar la elaboración de Freud (1920), quien observa cómo ciertas personas, aun sin presentar síntomas neuróticos manifiestos, parecen atrapadas en una suerte de destino, con situaciones que los conducen una y otra vez al mismo lugar de dolor, fracaso o desenlace fatal. Este destino que puede parecer ajeno o algo de lo que lo él sujeto no parece percatarse es en realidad para el psicoanálisis es autoinducido y es un efecto de una compulsión inconsciente, cuya raíz se halla en las vivencias de la infancia.

Freud (1920) denomina a este fenómeno de compulsión de repetición y lo describe como algo que escapa a la lógica del principio de placer. A diferencia del displacer que es tolerado y que emerge en la cura, esta compulsión empuja a la necesidad de experimentar vivencias que nunca ofrecieron alguna satisfacción, se trata de experiencias fallidas, dolorosas, marcadas por el desengaño y la pérdida de amor, cuyo retorno no responde a un intento de elaboración simbólica, o que se logre dialectizar, sino a una insistencia pulsional silenciosa y regresiva, plantea que esta compulsión desborda cualquier lógica de satisfacción o de sentido, y se inscribe en la economía de la pulsión de muerte: una fuerza regresiva, silenciosa y repetitiva, este mecanismo muestra que

incluso en ausencia de conflicto neurótico evidente, el sujeto puede estar sometido a un mandato pulsional que insiste en su repetición y su sufrimiento. Al respecto se sostiene que:

En vista de estas observaciones relativas a la conducta durante la transferencia y al destino fatal de los seres humanos, osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer (Freud, 1920, p. 22)

Esta compulsión manifiesta el modo en que la pulsión de muerte se inscribe en la subjetividad, la cual se expresa mediante mandatos superyoicos, representados en actos fallidos, síntomas y modos de sufrir y de malestar que retornan sin una causa evidente, pero que obedecen a una lógica inconsciente orientada hacia la pérdida, la culpa y el castigo.

En estrecha relación con lo anterior, Freud (1930) define el sentimiento de culpa como “la tensión entre el superyó que se ha vuelto severo y el yo que le está sometido” (p. 119), esto lo ubica como una manifestación clínica de una operación pulsional mortificante, que deja al sujeto atrapado en la lógica superyoica, en lo que paradójicamente encuentra goce desde repetición del castigo, además de esto destaca que este sentimiento no proviene de una capacidad moral innata, sino de la mediación con una figura de autoridad. En un principio, el mal no se reconoce como tal, sino como aquello que amenaza con la pérdida del amor del Otro.

Y en este sentido Freud (1930) destaca: La angustia frente a la pérdida de amor.

Si pierde el amor del otro, de quien depende, queda también desprotegido frente a diversas clases de peligros, sobre todo frente al peligro de que este ser hiperpotente le muestre su superioridad en la forma del castigo. (p. 120)

Más adelante, destaca Freud (1930) que: “sólo sobreviene un cambio importante cuando la autoridad es interiorizada por la instauración de un superyó” (p. 121), ahora es cuando la conciencia moral alcanza un nuevo grado de estructuración, no se trata solo del temor a ser descubierto y castigado desde el exterior, sino del surgimiento de una instancia interna que vigila incluso los pensamientos, donde el deseo mismo se castiga, desapareciendo en este punto la diferencia entre hacer el mal y desearlo, para el superyó nada es ocultable.

Paradójicamente, esta instancia no cesa de castigar al yo, como si la amenaza de la pérdida de amor en la infancia persistiera en forma de mandato punitivo. Entonces agrega Freud (1930) que también en este segundo grado de desarrollo, la conciencia moral se vuelve tanto más severa

en cuanto es más virtuoso el sujeto, evidenciando esto que no busca la pacificación ni la rectitud, sino que se nutre del sufrimiento mismo, destaca además que esto es algo difícil de explicar: el superyó exige goce en el castigo, y por eso, cuanto más se intenta satisfacerlo, más se incrementa su exigencia.

Así, la culpa que emana del superyó no remite a una transgresión real, sino al imperativo que demanda constantemente y es imposible de satisfacer, este mandato de tipo estructural exige ir más allá de una causa objetiva atrapando al sujeto en un ciclo de sufrimiento y de constante culpa.

En este sentido se señala: referente a eso Freud (1930) destaca que así es como:

Hemos tomado noticia de dos diversos orígenes del sentimiento de culpa: la angustia frente a la autoridad y, más tarde, la angustia frente al superyó. La primera compele a renunciar a satisfacciones pulsionales; la segunda esfuerza, además, a la punición, puesto que no se puede ocultar ante el superyó la persistencia de los deseos prohibidos (p. 123)

En este sentido, es entendible las maneras de sufrimiento que se presentan en la época contemporánea en el marco de discursos que constantemente exigen de manera desmedida el cumplimiento de estándares y de ideales que son difíciles e incluso imposibles de alcanzar. Es decir que en la actualidad se está frente a un superyó que no cesa de castigar, sin importar que exista una falta objetiva o real, esto genera en el sujeto una sensación constante de no estar a la altura de no cumplir con las demandas establecidas y en las que los jóvenes a diario se enfrentan, esta dinámica permite una lectura del sufrimiento adolescente actual, expresándose en comportamientos que oscilan entre la transgresión y la inhibición, autoexigencias excesivas, autolesiones, cuadros depresivos severos, la bulimia, entre otros. Este es un superyó cuya exigencia insaciable se aloja en el núcleo mismo del malestar subjetivo.

Se continúa con Freud (1920) introduce en "*Más allá del principio del placer*" quien introduce la noción de pulsión de muerte, en busca de comprender esta repetición dolorosa y sin sentido, afirma que "Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior" (p. 36), destacando que es un empuje que no apunta al bienestar ni a la satisfacción, está dirigido más bien a retornar a un estado de inercia o incluso de no vida. Posiblemente asociado a esta dimensión regresiva y silenciosa, pueden leerse ciertas repeticiones

en la vida del sujeto que, bajo el mandato de un superyó implacable, parece arrastrado hacia la pérdida, el sufrimiento y la autodestrucción sin una causa consciente aparente.

En esta misma línea, Freud introduce la noción de pulsión de muerte con el objetivo de explicar que existe una tendencia que va más allá de la búsqueda de placer un impulso del organismo vivo que constantemente busca retornar al estado inorgánico, una fuerza silenciosa, regresiva que empuja a la repetición no como un intento de elaboración simbólica, sino como retorno compulsivo a experiencias fallidas, traumáticas o marcadas por la pérdida. sino como retorno compulsivo a experiencias fallidas, traumáticas o marcadas por la pérdida, no busca satisfacción, solo la descarga total de tensión, aun a costa del propio yo.

A esto se refiere Freud (1920) señalando que “la compulsión a la repetición nos aparece como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio del placer que ella destrona” (p. 23), esto deja en evidencia que el aparato psíquico no se dirige a la búsqueda exclusiva del principio del placer, sino que está atravesado por un más allá pulsional que empuja al sujeto hacia la insistencia del sufrimiento. Esta lógica se actualiza como retorno de fragmentos penosos en la experiencia clínica y se articula con el concepto de superyó desarrollado previamente, destacando el carácter pulsional y mortificante de dicha instancia.

De igual manera, Lacan sostiene que toda pulsión es pulsión de muerte, ya que implica necesariamente repetición, exceso y transgresión del principio de placer. No se trata de una fuerza separada, como en Freud, sino de una dimensión estructural presente en toda satisfacción pulsional. En la medida en que la pulsión insiste más allá del placer, alcanza lo mortífero, y es allí donde se revela su carácter destructivo, presentándose como un empuje hacia un goce que, lejos de aliviar, produce sufrimiento, es decir, la insistencia de un circuito cerrado, sin dialéctica, que no lleva a otro sino al mismo punto de partida: un goce que duele, que no alcanza y que se repite.

En esta reformulación lacaniana se permite pensar cómo el discurso capitalista se articula con la pulsión de muerte, en donde se al promueve una lógica de consumo ilimitado y goce sin mediación simbólica, que se intensifica en el empuje repetitivo hacia un exceso que deviene mortífero, capturando al sujeto en una dinámica de satisfacción que no cesa, pero tampoco colma, produciendo fenómenos clínicos los cuales han sido ampliamente abordados en este texto y que son característicos de la época. En estos comportamientos, la pulsión de muerte se presenta como pura destrucción, como una modalidad de goce que se tramita en el cuerpo que, debido la ausencia

de referentes simbólicos consistentes, este se vuelve la vía predominante para procesar este malestar.

Ahora se ha llegado al meollo del asunto, y esto debido a que, como lo señala Soler (1998), en la actualidad, esta forma de superyó freudiano en su forma tradicional no es el discurso del amo: ya no es el padre el encargado de imponer la ley, sino el mercado que ofrece objetos y promueve goces, se presenta entonces de forma renovada, este no exige renunciar al goce, más bien empuja a gozar sin medidas, sirviéndose de imperativos superyoicos: goza, produce, muestra, realiza tu deseo... toda una variedad de estos donde el sujeto ni siquiera advierte que es lo que busca o que es lo que se desea, generando así formas nuevas de sufrimiento que no radican en el sentimiento de culpa por desear lo prohibido, sino que por el contrario se muda en angustia por no desear nada en absoluto, por no alcanzar el goce prometido, por no estar a la altura del ideal imaginario que circula en las pantallas, en los discursos, en lo que se ve.

La angustia, en este sentido, como lo destaca Soler (1998) se desplaza de su estatuto estructural y se nombra de formas novedosas: estrés, pánico, burnout, depresión, nuevos nombres del malestar que, lejos de suturar la angustia, en su mayoría de las veces solo la silencian o la tapan. Frente a este superyó contemporáneo, el sufrimiento no deriva del conflicto entre deseo y prohibición, sino del hecho de que el sujeto ya no puede sostenerse frente a un mandato que le exige gozar sin resto y sin ley.

En este contexto, el superyó ya no se experimenta como voz moral interna, sino como mirada externa omnipresente, cuyo objetivo es comparar, exponer, exigir, esto se logra mediante la publicidad, las redes sociales, los estándares corporales y emocionales conforman una economía del goce donde el sujeto se vuelve prisionero de un ideal sin Otro, provocando un fracaso continuo al no tener la capacidad de encarnar ese ideal que aquí se propone un asunto que se vuelve realmente agotador, esto, también obedece al vacío que deja la caída de los significantes amos tradicionales.

En resumen, la articulación entre Freud y Soler a partir de Lacan, permite comprender cómo el superyó, lejos de haber perdido su vigencia, se ha transformado, no solo se trata del heredero del padre edípico, sino de una instancia más feroz, más intrusiva, que habita el deseo del sujeto desde dentro y lo arrastra a una lógica de goce sin límite. La culpa, entonces, se vuelve estructural: culpa por no gozar, culpa por no rendir, culpa por no ser suficiente. De allí que la clínica actual se confronte cada vez más, con nuevas formas de sufrimiento y del sujeto hacer síntoma con mucha

dificultad para tramitarlos por la palabra y que requieren, como propone el psicoanálisis, una lectura que libere de alguna manera al sujeto a la lógica de los imperativos del superyó.

4. Metodología

La presente investigación teórica es de tipo monográfico, adoptará un enfoque cualitativo y bibliográfico, orientado a explorar que influencia tienen los discursos contemporáneos en el malestar que manifiestan los adolescentes actuales, a partir del método psicoanalítico. En consecuencia, se retoma el modelo propuesto por Jardim y Rojas Hernández (2010) al citar a Freud (1923 [1922] 1976c), quien señala que el tratamiento y la investigación psicoanalítica están intrínsecamente ligados, siendo uno consecuencia del otro. En este sentido define al método psicoanalítico como a) un método para investigar los procesos mentales que no pueden accederse por otras vías, b) una técnica terapéutica basada en dicha investigación para tratar los trastornos neuróticos, c) un conjunto de conocimientos psicológicos que se han ido reuniendo progresivamente, conformando así una nueva disciplina científica.

En este sentido esta perspectiva señala que el psicoanálisis no solo ofrece herramientas para dar cuenta y comprender el malestar subjetivo, sumado a esto, también permite interrogar críticamente los discursos que lo configuran, posicionándose como una intervención clínica fundamental para abordar la complejidad del sufrimiento adolescente en la actualidad.

Por otro lado la elaboración tanto de indagación de los fenómenos, como de revisión de conceptos teóricos y el tipo de intervenciones existentes, se realizará a través de una revisión de la literatura existente en bases de datos, que contienen material sobre: investigaciones, artículos académicos y de revistas especializadas, repositorios universitarios, material audiovisual y blogs que han abordado el tema con el fin de lograr una comprensión acerca de los interrogantes aquí planteados y todo lo que se ha dicho a partir de un enfoque psicoanalítico.

El proceso de análisis de la información se realizará con base a Pérez (1998) "*elementos para una teoría de la lectura*" en los tres tiempos de una lectura; en primera medida la de carácter intratextual. que como señala Pérez (1998), es entendida como aquella que se centra exclusivamente en el texto en sí mismo, en su literalidad, estructura y lógica interna, sin recurrir de forma inmediata a referencias externas o a otros escritos del mismo autor, así mismo se apoyará en lecturas intertextuales que alude a una comparación entre lo planteado por diferentes autores, y sus puntos de convergencia y diferencias existentes y el carácter extratextual obedece al hecho de interpretar las ideas desde bases psicoanalíticas que permitan dar cuenta de la respuesta de los adolescentes frente a los discursos contemporáneos.

5. Conclusiones

Al iniciar el proceso de esta monografía, mi pregunta inicial surge a partir de un tema que llama mi atención, motivada por observaciones realizadas tanto en la vida cotidiana como en mi práctica clínica. El cuestionamiento se centra en las nuevas formas de sufrimiento que se manifiestan en la actualidad y que convocan a preguntas por sus posibles orígenes. Si bien es cierto que el sufrimiento es inherente a la condición humana, no puede pasarse por alto que, en la época contemporánea, gracias a sus discursos, imperativos y exigencias, favorecen la emergencia de modalidades particulares de malestar en los sujetos adolescentes.

En este sentido, y gracias a la articulación de tres conceptos fundamentales abordados por el psicoanálisis: adolescencia, discurso capitalista y síntomas contemporáneos se logra establecer que existe una dinámica simultánea de estos tres conceptos en la que cada uno influye y se ve afectado por los otros, configurando nuevas formas de malestar subjetivo en los adolescentes.

Esta lógica fue comprensible gracias a los aportes que en su momento hizo Freud en *“El malestar en la cultura”* (1930), donde destaca cómo el sujeto está atravesado por un conflicto estructural entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por el orden cultural, aunque destacan que estas son necesarias si se quiere sostener el lazo social, en este sentido se entiende entonces que solo el hecho del ingreso del sujeto en la cultura ya es de por sí algo que genera malestar. El ingreso mismo en la cultura supone, entonces, una fuente de malestar. Las pulsiones, por su parte, insisten en su demanda de satisfacción, lo que frecuentemente entra en conflicto con las normas y prohibiciones culturales.

Esto contrasta con lo nombra De igual manera, Lacan (1969-1970) en su seminario *“El reverso del psicoanálisis”* introduce la noción de discurso capitalista como una variante del lazo social que se distingue respecto de los otros discursos tradicionales: del amo, de la histeria, el universitario y del analista, los cuales si actúan como formas estructurales de organización del lazo social. Con respecto al discurso capitalista destaca que este empuja al sujeto a un goce inmediato y sin mediación, produciendo nuevas formas de malestar y transformaciones en el lazo social, es decir, esto es clave para comprender el sufrimiento contemporáneo. Lecturas que me permitieron avanzar en la comprensión del fenómeno y cuáles son sus posibles causas.

Las elaboraciones a partir de los antecedentes o estados del arte me permitieron profundizar en el fenómeno, evidenciando que es un tema ampliamente abordado y genera crecientes

preocupaciones, esto debido a su expansión acelerada en la actualidad. El psicoanálisis se ha ocupado extensamente de esta cuestión, no solo desde la comprensión teórica, sino también proponiendo modos de intervención específicos que se aplican en el trabajo clínico con adolescentes.

En este sentido, realice búsquedas en bases de datos que contienen: artículos de revista, repositorios universitarios, material audiovisual, investigaciones, además de propuestas teóricas de psicoanalistas contemporáneos que se han ocupado del tema ampliamente, entre ellos Miller y Laurent (2005) realizan a partir de elaboraciones lacanianas, la lectura del malestar contemporáneo como efecto del discurso capitalista y la caída de los ideales, además hacen aportes sobre el lugar ocupa el psicoanálisis en la intervención de este tipo particular de sufrimiento.

Se logró evidenciar de igual manera, que el asunto del desamparo de los adolescentes, es un asunto estructural, dado que viven en una época en la cual la instituciones que servían de sostén al adolescente, ya no logran realizar esta función, provocando esto una confrontación a lo real, sin soportes, apareciendo la angustia como signo de este desamparo.

En este sentido, a partir de los antecedentes se pueden recoger varias conclusiones que condensan las revisiones realizadas y que constituyen un insumo valioso para lograr los objetivos planteados en esta monografía:

1. En la actualidad, las formas tradicionales de lazo social como la familia, la comunidad y las instituciones se han visto debilitadas como resultado del declive de los recursos simbólicos, esto obedece a lo que promueve el discurso actual lo que deja a muchos adolescentes sin referentes claros que los orienten.

2. Como consecuencia de esto, el cuerpo se convierte en un lugar privilegiado para tramitar aquello que no logra ser elaborado por vía de la palabra. que,

3. Los llamados “nuevos síntomas” en la adolescencia ya no se presentan como los síntomas clásicos, que podían ser interpretados desde el discurso propio del sujeto.

4. En el lugar del síntoma, emergen actos impulsivos, conductas repetitivas o manifestaciones físicas que expresan un malestar que no puede ser representado simbólicamente. No se sabe por qué se sufre, se dificulta identificar la causa, por tanto, la posibilidad de procesarlo es compleja. Así, el cuerpo habla aquello que el lenguaje no alcanza a decir ni a tramitar.

5. El superyó, en su forma contemporánea, se revela como agente fundamental del malestar, opera como un imperativo de goce. Este imperativo empuja al sujeto a una satisfacción imposible, generando culpa y repitiendo un circuito de sufrimiento complejo de dialectizar.

A partir de esta elaboración se establece una mirada propia de lo que pasa en la época y que se está presenciando cotidianamente. Me permitió comprender la dinámica en la que está inmerso el sujeto adolescente contemporáneo, se encuentra frente a un vacío estructural que, en épocas pasadas, podía ser tramitado simbólicamente a través de vínculos consistentes y duraderos, capaces de transmitir deseo y sostener la falta, es decir el lazo social, en la actualidad se ha debilitado. Esto da como resultado las variaciones del lazo social, que ahora se configura en torno al objeto digital, lo que dificulta establecer vínculos. El Otro era consistente ahora es un Otro virtual. Cuando este Otro virtual no responde, se experimenta una pérdida, una caída abrupta de sentido que, al no poder ser simbolizada, se inscribe directamente en el cuerpo, en forma de síntomas que expresan el malestar.

El modo de intervenciones es algo que también me interpela, convocando mi atención, las de corte psicoanalítico, que operan de un modo distinto a las que normalizan e intervienen el síntoma desde el fármaco. Con el objetivo dar una explicación más clara, acudo a, Alberti (2006) quien realiza una distinción entre el discurso del Amo y el discurso del Analista que hacen parte de la noción de cuatro discursos que hacen lazo social, propuestos por Lacan, para abordar a la clínica del sujeto adolescente. Con respecto al discurso del amo dice que opera como agente S1 y el del analista opera como agente “objeto a”. Estas diferencias permiten alojar de una manera diferente, en tanto, el discurso del Amo opera como agente S1, este busca someter al otro como esclavo que satisface al amo cumpliendo todas sus exigencias, algo que contrasta con las terapéuticas tradicionales, que se alinean con los discursos actuales. Este busca normalizar, adaptar y silenciar el síntoma a través de diagnósticos cerrados y tratamientos estandarizados sin recurso a la palabra.

Por el contrario, el discurso del Analista opera como “objeto a” en donde se le da al otro el lugar de sujeto, lo hace hablar, le ofrece un lugar a su sufrimiento, se sostiene frente a una ética del deseo que no cede ante el sentido común, y abre un espacio de escucha donde el síntoma puede desplegarse como una vía de acceso al saber inconsciente del sujeto. El dispositivo analítico se orienta por el deseo de no patologizar el sufrimiento, sino de alojarlo, escucharlo y abrir la posibilidad de una invención subjetiva que permita al joven construir nuevas coordenadas de

sentido. Esto permite dar claridad de mi elección por el psicoanálisis, dado que, ofrece una perspectiva y un abordaje diferente a lo que opera en la actualidad.

Ahora bien, esto me genera preguntas, acerca de qué les espera a las futuras adolescencias, que se puede hacer para que estos jóvenes logren encontrar un sostén, un lugar diferente al que ofrece el sistema. También llama la atención que, aunque se desarrollan políticas públicas con el fin de intervenir estos fenómenos, se observa que pasa lo contrario, no se reducen, sino que siguen en aumento, esto resulta ineficiente, aunque, al fin y al cabo, esto es lo que interesa al sistema, un sujeto que consuma de manera compulsiva, un adicto a todo tipo de objetos, una solución a cada problema, porque por cada problema que emerja, existe un objeto o producto que solucione. Es decir, el sistema es el remedio y a la vez la enfermedad, algo que resulta rentable desde el plano económico, un ganar-ganar.

Por último, me convoca un interrogante que atraviesa este trabajo: ¿se logrará en un futuro darle un espacio al psicoanálisis, lo que tiene para decir sobre el sufrimiento subjetivo? ¿Podrán los enfoques que ofrecen un lugar al sujeto un tiempo para tramitar su malestar, encontrar un espacio en un sistema que privilegia la eficiencia y la inmediatez? Esta posibilidad resulta poco conveniente para el discurso dominante, dado que este opera a través de la lógica de la normalización y el rendimiento. Sin embargo, es una apuesta ética que no puede abandonarse.

Hay que apostar por el psicoanálisis, porque cuando el discurso dominante empuja a todos hacia lo mismo, escuchar lo singular se vuelve, un acto subversivo.

Referencias

- Alberti, S. (2006). El adolescente, el discurso del amo y el discurso del analista. En Gloria Gómez. (Ed). *De la infancia a la adolescencia: Temas cruciales*. Editorial: Prisma Asociados Ltda.
- Almagro, M. y Caporale, M. (2018). El cuerpo en psicoanálisis: sufrimiento adolescente en la clínica actual. *Anuario Temas en Psicología* 4. 15-35.
- Barantini, P. (Director). (2025). *Adolescencia* [Serie]. Warp Films, Matriarch Productions y Plan B Entertainment.
- Borges, S. Monteiro, R. y Saggese, E. (2019). El sufrimiento psíquico de niños y jóvenes en los días actuales. *Desidades: Revista de la Infancia, Adolescencia y Juventud*, 22. 51- 62.
- Byung-Chul, H. (2019). *La desaparición de los rituales*. Herder.
- Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Paidós
- Feixa, C. (1998). De jóvenes bandas y tribus antropología de la juventud. Editorial Ariel S. A.
- Freud, S. (1915/1992). *Pulsión y destinos de pulsión*. (Etcheverry. J. L. trad.). Amorrortu.
- Freud, S. (1920/1992). *Más allá del principio del placer*. (Etcheverry. J. L. trad.). Amorrortu.
- Freud, S. (1921/1992). *Psicología de las masas y análisis del yo*. (Etcheverry. J. L. trad.). Amorrortu.
- Freud, S. (1923/1992). *El yo y el Ello*. (Etcheverry. J. L. trad.). Amorrortu.
- Freud, S. (1926/1992). *Inhibición, síntoma y angustia*. (Etcheverry. J. L. trad.). Amorrortu.
- Freud, S. (1930/1992). *El Malestar en la Cultura*. (Etcheverry. J. L. trad.). Amorrortu.
- Freud, S. (1930/1992). *Introducción al narcisismo*. (Etcheverry. J. L. trad.). Amorrortu.
- García, B. (10 de febrero 2022). *Conductas de riesgo en adolescentes y crisis del sentido de la vida*. Beatriz García. <https://beatrizgarcia.org/conductas-de-riesgo-en-adolescentes-y-tesis-del-sentido-de-la-vida/>
- García, B. (24 de febrero 2022). *Adolescentes que se cortan para defenderse de la angustia*. Beatriz García. <https://beatrizgarcia.org/adolescentes-que-se-cortan-para-defenderse-de-la-angustia/>
- Gerez-Ambertín, M. (1993). *Las voces del Superyó*. Manantial.
- Jardim, L. L y Rojas Hernández M. C. (2010). Investigación psicoanalítica en la universidad. *Estudios de psicología (Campinas)* 27 (4), 529-536.
- Lacan, J. (1969-1970/1992). *El seminario el reverso del psicoanálisis*. Paidós.
- Le Breton, D. (2014). *Una breve historia de la adolescencia*. Nueva visión.
- Mesa, C. C. (2009). La angustia en los adolescentes como respuesta a la consistencia del Otro. “Lo que debiendo permanecer oculto se revela”. *Affectio Societatis*, 10. 1-13.
- Miller, J. A. y Laurent, E. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Paidós.
- Muñoz Zea, A. (2006). La adolescencia: entre decepción y encuentro. En G. Gómez (Ed.) *De la infancia a la adolescencia temas cruciales*. (pp. 119-134). Colección temas cruciales 2006.
- Organización Mundial de la Salud. (2024). *La salud mental de los adolescentes*. Organización Mundial de la Salud. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/adolescent-mental-health>
- Pérez, J. F. (1998). Elementos para una teoría de la lectura. *Revista colombiana de psicología* 7. 239-244.
- Rico, J. (2023). Los adolescentes y el malestar en la cultura. *Consecuencias* 28. <https://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/028/template.php?file=arts/alcances/los-adolescentes-y-el-malestar-en-la-cultura.html>
- Rodrigo, M. (2016). *La construcción del cuerpo*. [Ponencia]. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Investigación XII Encuentro de

- Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-044/828.pdf>
- Soler, C. (1998). *Síntomas*. Asociación del campo freudiano de Colombia.
- Soler, C. (2000-2001). *Declinaciones de la angustia*. G.G. Ediciones.
- Taylor, B. (Director). (2019). *Sex education*. [Serie]. Eleven Film.